

AUTORIDAD
ESPIRITUAL
GENUINA

por David W. Dyer

PUBLICACIÓN: MINISTERIO GRANO DE TRIGO

Traducción: Sergio H. A. Ramírez

Revisión:

Deise F. A. Ramírez,

Daniel Añez

y Maria Alejandra Mora Campos

Cubierta: John D. Dyer y Sara Tinetti

www.granodetrigo.com

Correo electrónico: davidwdyer@yahoo.com

Todas las citas bíblicas fueron extraídas de la traducción en español Reina-Valera revisión 1995 (RVR1995) de las Sociedades Bíblicas Unidas; salvo alguna excepción especificada.

Vitória, ES, Brasil, diciembre del 2023

ÍNDICE

Prefacio.....	5
1. Dos tipos de autoridad	9
2. La rebelión de Coré	29
3. La zarza ardiente.....	45
4. La forma de un siervo	61
5. La cabeza de cada hombre	77
6. La cabeza del cuerpo.....	93

“Jesús se acercó y les habló diciendo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra»”
(Mt 28:18)

“Ellos establecieron reyes, pero no escogidos por mí; constituyeron príncipes, mas yo no lo supe”
(Os 8:4)

“... los profetas profetizan mentira y los sacerdotes dominan por manos de ellos. ¡Y mi pueblo así lo quiere!”
(Jer 5:31)

PREFACIO

Como hijos de Dios, una de las cosas más importantes que debemos saber es cómo obedecer y seguir a Jesús. Él es nuestro Señor y nuestro Rey. A Él daremos cuenta un día de nuestras actitudes, acciones y palabras. Adán y Eva se rebelaron contra el Altísimo en el jardín del Edén. Desde entonces, la gran mayoría de los humanos ha vivido en rebelión contra Él.

Después de arrepentirnos de nuestros pecados y nacer de nuevo, es nuestro privilegio como hijos de Dios someternos a Su gobierno y autoridad. Tenemos la oportunidad de revertir la mundana tendencia a rebelarnos y, así, volvernos obedientes. De hecho, es necesario que lo hagamos si queremos vivir la experiencia de estar en Su reino. En consecuencia, es imperativo que todos seamos capaces de discernir la autoridad espiritual. Es esencial que seamos capaces de conocer la voz de nuestro Señor y, entonces, poder seguirlo.

Un factor que quizás dificulta esta tarea es que, a menudo, Dios no nos habla directamente, sino que utiliza a otros hombres o mujeres como instrumentos a través de los cuales manifiesta Su autoridad. Pero ¿cómo sabemos cuándo es Dios? ¿Cómo podemos estar seguros de cuándo es nuestro Señor quien habla o cuándo es solo un ser humano? Esta es una cuestión esencial que todos debemos resolver.

Los hijos de Israel enfrentaron un problema similar en el desierto. Surgió, entre ellos, un dilema sobre quién debía ser el líder. Además de Moisés y Aarón, había otros hombres en la congregación que eran bien conocidos y considerados líderes. Entre ellos, estaban Coré, Datán y Abiram, quienes, junto con otros 250 hombres, desafiaron el liderazgo de los ungidos de Dios.

Competían por obtener autoridad y por reconocimiento entre el pueblo de Dios. Más adelante, en el capítulo 2, hablaremos acerca del juicio de Dios sobre estos rebeldes, pero, por el momento, nos enfocaremos en otra cosa.

Inmediatamente después de resolver este conflicto sobre la autoridad de Dios, nuestro Señor sintió que era necesario enseñar a Su pueblo una lección sobrenatural. Además de eso, Él sabía que, a futuro, Sus hijos también necesitarían ser capaces de reconocer la autoridad espiritual. Necesitarían una base con la cual pudieran discernir qué tipo de autoridad era meramente humana y cuál era de verdad divina. Dado que la autoridad terrenal puede ser impresionante por su encanto y sus aptitudes, tal vez nosotros también podamos aprender de la lección sobrenatural de Dios.

Dios hizo lo siguiente: ordenó a Moisés recoger la vara de cada líder de la congregación. Las varas eran un símbolo del liderazgo y la autoridad de cada uno. Ese conjunto de varas, entre las cuales estaba la de Aarón, fue puesto en el tabernáculo durante la noche. Por la mañana, ocurrió algo sobrenatural. La vara de Aarón había pasado por tres cambios diferentes. Había brotado, florecido y dado frutos, ¡todo al mismo tiempo! Eso es realmente increíble. ¿Has visto una rama de un árbol brotar, dar flores y dar frutos simultáneamente? Las otras varas permanecieron iguales: viejas, duras y secas; mientras que la vara de aquel que representaba a la autoridad divina era completamente distinta.

Esa lección aún es relevante para nosotros en la actualidad. La autoridad humana y la autoridad verdaderamente divina tienen “sabores” espirituales distintivos. Cada una posee características individuales que podemos identificar.

La autoridad terrenal es dura y seca. Nos exige, pero no nos abastece. Se ejerce mediante la fuerza humana y se impone con medidas terrenales. Así como una vara vieja y seca puede ser usada para golpear o azotar a un animal desobediente, del mismo modo la autoridad humana controla a los otros a través del poder, la coerción, las exigencias o la fuerza superior, sea física o psicológica.

Hoy, por ejemplo, entre los grupos cristianos, este tipo de autoridad está frecuentemente oculta tras la aceptación o el

rechazo del grupo. El líder manipula la opinión del grupo, lo que sirve como una vara para disciplinar al desobediente.

La verdadera autoridad espiritual tiene un sabor totalmente único. Nadie nunca pensaría en golpear a alguien con una vara llena de flores y frutos. El foco es otro. Para empezar, los brotes simbolizan algo nuevo, suave y fresco, algo que está vivo. Así, podemos apreciar que esa autoridad espiritual está viva, llena de Vida divina. Las flores simbolizan algo aromático, algo que tiene el dulce perfume del carácter de Cristo. Y los frutos simbolizan algo nutritivo; no que demanda, sino que abastece.

Esas son las características del liderazgo y la autoridad espiritual verdaderos. Por lo tanto, aquellos que la ejercen exhibirán las siguientes cualidades: estarán llenos de la vida de Dios, pues viven en comunión íntima con Él; tendrán el dulce aroma de Cristo, porque Su naturaleza ha llenado sus vidas, y sus aptitudes naturales y su autoridad han sido quebrantadas por Su mano; y, finalmente, serán una fuente de alimento y satisfacción, en vez de ser fuente de exigencia estéril, ya que ellos mismos estarán firmemente conectados a la vid celestial.

Aquí, mis hermanos y hermanas, reside la verdadera prueba de toda la autoridad en la Iglesia cristiana. ¿Cuáles características manifiesta? ¿Qué sabor y aroma tiene? Es verdad que estas cosas se discernen espiritualmente y no pueden ser comprendidas por el hombre natural, pero esto no niega el hecho de que existan.

Dios requiere que todos nos sometamos a Su autoridad. Por ende, es necesario que cada uno de nosotros sea capaz de discernir y determinar lo que viene verdaderamente de Él y lo que viene de la vara del hombre.

En cada lugar y en cada grupo hay quienes afirman tener o ser la autoridad auténtica. Que Dios nos dé gracia para poder discernir el sabor de aquello que viene genuinamente de Él. Que Dios use este libro para ayudar a Su pueblo en este esfuerzo tan importante.

Jesús se acercó y les habló diciendo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra... Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mt 28:18,20)

Ellos establecieron reyes, pero no escogidos por mí;
constituyeron príncipes, mas yo no lo supe;
de su plata y de su oro hicieron ídolos para sí,
para ser ellos mismos destruidos. (Os 8:4)
... los profetas profetizan mentira
y los sacerdotes dominan por manos de ellos.
¡Y mi pueblo así lo quiere!
¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin? (Jer 5:31)

DAVID W. DYER

1.

DOS TIPOS DE AUTORIDAD

*A*ntes de empezar nuestro análisis sobre este tema tan importante, primero debemos dejar claro que Dios es la fuente de toda autoridad. Él es la máxima autoridad. Él es Aquel que se sienta en el trono del universo y el que tiene el control total sobre todas las cosas. En consecuencia, podemos deducir que cualquier otra autoridad que exista en el universo ha sido establecida por Él o, por lo menos, existe con Su permiso. La subsistencia de cualquier otra autoridad sería imposible sin Su consentimiento.

Por lo tanto, no importa dónde hallemos autoridad en la actualidad, ya sea buena o mala, sabemos que es algo cuya legitimidad proviene de Dios. Esto es exactamente lo que enseñan las Escrituras. Los gobiernos humanos, las fuerzas policiales, los jueces, los padres de familia, entre otros, son instituciones establecidas por Dios para inhibir a las fuerzas del mal en este mundo (Rom 13:1-7).

El tipo de autoridad que poseen los gobiernos y otros líderes terrenales se llama "autoridad delegada". Como hemos visto, Dios es el poseedor de la autoridad suprema, pero Él ha elegido "delegar" o "dar" esa autoridad a otros individuos que se supone actuarán como Sus representantes. Una vez dada por Dios, la autoridad pertenece a las personas que la reciben. Aunque sean responsables ante Dios de su uso, pueden ejercerla como deseen. En esencia, ellos se vuelven la autoridad. Es un tipo de autoridad que se deriva de la "posición" de una persona, y esta posición de

importancia se utiliza para hacer cumplir sus decisiones sobre aquellos a quienes dirige. Entonces, en algunos casos, este estilo de liderazgo también puede llamarse “autoridad posicional”.

Las autoridades delegadas pueden ejercer correctamente su poder o pueden abusar de él. Pueden ser buenos gobernantes y decidir qué es lo mejor según los intereses de Dios y de aquellos sobre quienes gobiernan; o pueden ser viles y usar esa autoridad para su propio beneficio, a costa de los demás. Independientemente de cómo la usen, los que están en el poder son autoridades delegadas de Dios.

Sin embargo, la autoridad delegada no es el único tipo de autoridad que revela la Biblia. Aquí vemos otra variación que, aunque también se origina en Dios, es bastante diferente de la autoridad delegada. Para ser más claro, creo que este tipo de autoridad se puede considerar como “autoridad canalizada”.

Esa autoridad no pertenece a quien la ejerce. No es algo que se le “haya dado” para usar de acuerdo con sus propios intereses, deseos e ideas. Más bien, se ejerce cuando una persona conduce la autoridad de Dios.

En este caso, los involucrados son solo canales, instrumentos a través de los cuales fluye la autoridad divina. No tienen una autoridad “propia”, autónoma. Solo siguen las instrucciones del Altísimo. Cuando Dios les habla dirigiéndose a otros, ellos hablan. Si les instruye realizar una determinada acción, actúan. Tal autoridad nunca les pertenece. No importa con qué frecuencia Dios use a estas personas para transmitir Su autoridad; estas nunca asumen esta autoridad.

¿POR QUÉ LOS HOMBRES DELEGAN LA AUTORIDAD?

Meditemos juntos sobre esto. ¿Por qué algunas personas necesitan delegar su autoridad a otros? Puede ser por su incapacidad de hacer el trabajo necesario, o tal vez porque se ausentan de los lugares donde se necesita decidir o hacer algo.

Los jefes de las grandes empresas siempre deben delegar su autoridad a los subordinados que actúan en su nombre. Estos

directores ejecutivos no están capacitados para realizar todo tipo de trabajos en los distintos sectores de una empresa. Tampoco pueden estar presentes en todas partes, en todo momento. Tienen limitaciones que los obligan a delegar autoridad a otros, quienes actúan por ellos para solventar su incapacidad o ausencia. Estos otros son, entonces, “autoridades delegadas”, cuyo poder depende de su posición de subordinados en relación con sus jefes.

En la Iglesia actual, Jesús fue designado por el Padre para ser la cabeza sobre todas las cosas (Ef 1:22). El gobierno de este grupo especial de personas está “sobre su hombro” (Is 9:6). Él, y solo Él, es quien gobierna y dirige a Su pueblo. Se le dio toda potestad [autoridad] en el cielo y en la Tierra (Mat 28:18).

Jesús no delega Su autoridad a otros para completar esta tarea. No divide Su autoridad en pequeñas porciones para que otros actúen en Su nombre o siguiendo Su propósito. No necesita hacer esto. No existe ninguna tarea en la Iglesia que Él no pueda hacer. Él es todopoderoso. No está ausente de Su Cuerpo; es omnipresente y está aquí con nosotros en todo momento. Debido a esto, no necesita delegar Su autoridad a otra persona para que actúe en Su lugar.

Jesús está físicamente ausente de este mundo. Por ende, delegó Su autoridad a hombres y mujeres para que actúen en Su “ausencia”. Estas son las autoridades gubernamentales que conocemos. Jesús está espiritualmente presente en la Iglesia, Su Cuerpo. Por lo tanto, como Él está presente, Él es quien debe dirigir, liderar e iniciar todas las cosas. En la Iglesia, ningún otro ser humano jamás llega a tener parte alguna de esta autoridad para ejercerla como si fuera suya.

Justo antes de que Jesús ascendiera al cielo, les dijo a Sus discípulos: “Toda la autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos...” (Mt 28:18-19). No les dijo: “Y ahora, les estoy dando a cada uno de ustedes algo de esa autoridad, para que hagan el trabajo mientras no estoy”. En cambio, Él continuó diciendo: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:20). La Autoridad misma siempre estaría

con ellos, manifestándose por medio de ellos, cuando y donde fuera necesario.

Podemos notar que, en la Iglesia, dondequiera que se manifieste la autoridad, no es la persona que vemos quien tiene la autoridad en sí, sino que en ella se manifiesta Jesús, invisible, fluyendo a través de la vida de dicha persona. Esto es lo que llamamos "autoridad canalizada".

LA IMPOTENTE AUTORIDAD HUMANA

Como podemos ver, la autoridad "posicional" o "delegada" opera solo en el plano natural, físico. Se escucha a través de los oídos de la carne, produciendo reacciones que son también humanas y carnales. Esta es la forma en que los hombres se controlan entre sí en este mundo físico. La autoridad que ejercen los padres, los policías, entre otros líderes, de hecho, tiene su razón de ser; es esencial en este mundo. Pero es inútil para edificar el Cuerpo de Cristo.

A lo largo de los siglos, muchos han intentado utilizar algún tipo de autoridad posicional para edificar la Iglesia; sin embargo, desafortunadamente, esto ha sido un terrible error. Innumerables figuras de autoridad han tratado de llevar a los hijos de Dios en una dirección u otra. Han enseñado, persuadido, exigido y, a veces, ordenado sin lograr un cambio espiritual. Muchos pastores, obispos y ancianos, entre otros, han usado toda su energía y autoridad para tratar de mover a los cristianos en la dirección que ellos creen que deben seguir espiritualmente, pero el resultado no ha sido la perfección de los santos.

Si bien la autoridad posicional puede usarse para producir algún efecto visible en las vidas de algunos cristianos, estos resultados no son eternos. No hay una transformación real. Por ejemplo, algunas figuras de autoridad en la Iglesia han ejercido presión sobre quienes están bajo su control y los han manipulado para efectuar un cambio en sus hábitos o su comportamiento. Quizás estos "creyentes sumisos" han cambiado la forma en que se visten, la forma en que hablan o, incluso, han comenzado a administrar su dinero de una mejor manera. No obstante, tales cambios son

solo terrenales y provisorios. Trabajan externamente en lugar de internamente, donde reside el hombre espiritual. Estos cambios no son el resultado de un crecimiento espiritual, sino de la presión terrenal, humana. Estas personas han sido ajustadas a un estándar, pero no transformadas a la imagen de Cristo.

Desde el punto de vista terrenal, el ejército es más eficiente para “cambiar” el comportamiento de hombres y mujeres que la Iglesia. Allí, los reclutas son sometidos a una tremenda presión, día y noche, hasta que se ajustan a los estándares del ejército. Pero esto no es una transformación. No es la salvación del alma que Dios desea. No es algo de valor eterno derivado del crecimiento de la Vida de Dios dentro de ellos.

Esta autoridad posicional es de origen terrenal y no puede producir resultados espirituales. No puede hacer nada para ayudar a hombres y mujeres a crecer en Cristo. No puede producir cambios eternos. Solo la autoridad espiritual genuina puede obrar con efectividad para transformar el alma a la imagen de Cristo verdaderamente. El objetivo no es solo cambiar el comportamiento de los hombres; más bien, es contemplar a Jesucristo creciendo en todos los cristianos. La autoridad directa de Dios es lo único que puede hacerlo posible.

Solamente la voz de Dios hablando en el espíritu de Sus hijos creará dentro de ellos lo que Él está buscando. Es cuando oyen Su voz que ellos se llenan de Su vida (Jn 5:25). Esta “palabra” de Dios se puede transmitir, a menudo, mediante otros creyentes. Hay muchos miembros del Cuerpo de Cristo que Dios puede usar. Sin embargo, no es su voz humana la que se escucha, sino la voz de Dios. Él es el único que tiene el poder de hablar a través de ellos a fin de efectuar una nueva creación en los corazones de quienes escuchan.

EL EJEMPLO DE MOISÉS

Moisés es un ejemplo de alguien que ejerció esta autoridad “canalizada”. No guiaba a los hijos de Israel de acuerdo con sus propias ideas o instrucciones. No hablaba por sí mismo. Cuando leemos el Antiguo Testamento, sobre cómo liberó a los israelitas de

la esclavitud, es muy evidente que se movía y hablaba de acuerdo con instrucciones sobrenaturales. Cada paso dado, cada ley y orden, cada detalle del tabernáculo, todo se llevó a cabo de acuerdo con la orientación divina. No estaba haciendo sus propios planes ni tomando sus propias decisiones. En cambio, permitía que Dios lo usara para canalizar Su autoridad al pueblo. Cuando Coré y su pueblo desafiaron la autoridad de Moisés, él resumió su posición de esta manera: “En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciera todas estas cosas, y que no las hice de mi propia voluntad” (Nm 16:28).

Nuestro Señor Jesucristo fue el mejor ejemplo de tal autoridad espiritual canalizada. Él no vino a hacer Su propia voluntad, sino que Se sometió a la voluntad del Padre (Jn 6:38). No hizo Sus propias obras ni habló con Sus propias palabras, solo se ofreció a Sí mismo como un canal por el cual la autoridad del Padre pudiera fluir (Jn 14:10). Cuando Jesús expulsó demonios, canalizó la autoridad del Padre. Cuando maldijo la higuera, la voz del Padre fue la que se escuchó (Mt 21:19). Cuando reprendió al viento y las olas, la autoridad del Padre fue la que se demostró (Lc 8:24).

Cada aspecto de Su vida era la manifestación del Dios invisible. Aunque Jesús era competente para hacerlo, nunca ejerció Su propia autoridad; en cambio, permitió que Su Padre se manifestara a través de Él.

Entonces, vemos que hay dos tipos diferentes de autoridad en el mundo en la actualidad. Una es de tipo terrenal y humana —una autoridad delegada, ou posicional—, que es ejercida por el hombre, aceptada por el hombre y reconocida por los que viven en esta Tierra. Esta autoridad va inevitablemente de la mano con atavíos superficiales que ayudan al ser humano a identificar este tipo de autoridad. Posiciones, títulos, uniformes y muchas otras ostentaciones externas sirven para identificar a aquellos que tienen autoridad delegada.

Este tipo de autoridad está siempre buscando el reconocimiento de otros hombres. De hecho, ella necesita de ese reconocimiento para funcionar. Es una autoridad natural y secular que fue planeada por Dios para atraer la naturaleza caída del hombre.

Es algo que Dios instituyó y que opera de acuerdo con las costumbres de este mundo para gobernar a las personas del mundo.

La otra especie de autoridad es la espiritual, del tipo canalizado. Es a través de esta que Dios planea gobernar a Su pueblo. Esta autoridad se manifiesta en diferentes individuos, pero no les pertenece. Ellos, por sí mismos, nunca se *convierten* en la autoridad; son simplemente conductos a través de los cuales fluye la autoridad divina.

EL DESEO DE DIOS

Un deseo profundamente arraigado en el corazón de Dios es que Su pueblo le responda sin reservas. Él anhela ejercer un dominio absoluto sobre Su pueblo. Por encima de todo, Su deseo es que cada persona tenga una relación íntima con Él y pueda seguir Su liderazgo individualmente. Su deseo es que no haya ningún obstáculo entre Él y Su pueblo.

La intención de Dios con respecto al pueblo de Israel era que todos fueran Sus sacerdotes (Ex 19:6). En la actualidad, Su deseo es el mismo para Su Iglesia. Él quiere que cada uno lo conozca de manera personal y profunda, de forma que podamos reaccionar incluso ante el más mínimo de Sus deseos.

La cruda realidad, sin embargo, es que no todo el pueblo de Dios goza de esta experiencia. Para combatir este problema, Dios escoge individuos para canalizar Su autoridad y, de esa manera, dirigir a otros para que entiendan Su voluntad y vayan en la dirección correcta.

Primero, Él prepara y estos escogidos y, luego, los unge para usarlos como canales o instrumentos a través de los cuales fluye Su autoridad. Tales hombres y mujeres necesitan ser quebrantados por Dios de tal manera que tengan miedo de ejercer su propia autoridad. Entonces, Dios comienza a usarlos para canalizar Su autoridad hacia Su pueblo. Se convierten en portavoces a través de los cuales Dios habla en las situaciones en que los otros no quieren escuchar a Dios o son incapaces de hacerlo por sí mismos.

El objetivo de Dios —que se refleja en los corazones de los que son usados por Él— es acercar a otros creyentes a la relación

íntima y personal que Él desea tener con ellos. Tras Moisés, Dios continuó usando ese tipo de autoridad espiritual para dirigir a Su pueblo. El siguiente líder a quien Dios usó en gran medida fue Josué, el cual llevó a los israelitas a la tierra prometida. Más adelante, cuando surgió la necesidad, el Señor usó a varios jueces para transmitir Su voluntad.

Hay varios capítulos interesantes en el Antiguo Testamento que describen cómo Dios habló a través de estos jueces y profetas, además de las grandes hazañas que Él los llevó a hacer. No obstante, durante todo este tiempo, Su deseo fue que todo Su pueblo lo conociera íntimamente y pudiera seguir Su liderazgo por sí mismos. Él levantaba líderes cuando era necesario, pero el hecho de que Él desea que todos conozcan Su autoridad y Su reino por sí mismos nunca ha cambiado.

HOMBRES NATURALES DESEAN UN REY

Por alguna extraña razón, los hijos de Israel no estaban satisfechos con el plan de Dios. Ellos deseaban algo diferente en sus corazones. Querían a un rey, una autoridad humana palpable. Anhelaban alguien a quien pudieran ver, oír y sentir. Se sentían mucho más cómodos con algo natural. Querían alguien que pudiera operar como autoridad delegada. Sintiendo insatisfechos con su autoridad espiritual, acudieron a Samuel y lo instaron a que estableciera un rey terrenal para ellos (1 Sam 8:5-20).

Quizás podamos identificar dos motivos para este misterioso deseo. Primero, tener un rey los desobligaría de la responsabilidad personal de buscar a Dios por sí mismos. Su "líder" podría hacer eso por ellos. Asumiría toda la responsabilidad, velaría por todos los problemas, decidiría todas las instrucciones que deberían seguir y lucharía sus batallas. Segundo, ellos querían ser iguales a las otras naciones. Se sentían un poco inseguros. Parece que se sentían diferentes sin una autoridad mundana, sino con un Líder invisible e intangible. Anhelaban alguien a quien pudieran ver y oír con sus sentidos físicos. Para ellos, la autoridad de Dios no era suficiente. Decidieron que querían ser iguales a las naciones impías que los rodeaban.

Cuando Samuel oyó esta petición, se enojó mucho. Él sabía cuáles eran las intenciones de Dios y entendía que Él lo estaba usando para canalizar la orientación divina a Su pueblo. Samuel quedó angustiado, porque la nación que Dios había escogido como Suya tomaría el camino equivocado. Sin embargo, el Señor le recordó que él no era el rechazado. El pueblo no estaba abandonando a un hombre; estaba rechazando la soberanía de Dios en sus vidas (1 Sam 8:7-8).

Una prueba del gran amor de Dios por los hombres y de Su abundante gracia es que Él no abandonó a los israelitas, incluso cuando ellos sí lo hicieron. Él los dejó seguir su propio camino, pero primero les explicó que su petición sería mala para ellos.

La autoridad humana y terrenal, los dañaría de tres maneras: 1) les quitaría a sus hijos e hijas; 2) tomaría una parte de sus propiedades; 3) los llevaría a una servidumbre de la cual Dios no los libraría (1 Sam 8:9-18). Él les permitió elegir su destino porque se dio cuenta de que sus corazones ya Lo habían abandonado, pero es claro que esa no era Su voluntad.

UN MENSAJE PARA LA ACTUALIDAD

Seamos conscientes de que todos estos ejemplos del Antiguo Testamento no son solo historias intrigantes. De hecho, fueron escritos con una intención específica: que pudiéramos usarlas para comprender verdades espirituales. En la actualidad, también nosotros tenemos que tomar decisiones en lo que respecta a la autoridad, tal como lo hicieron en el pasado.

Por supuesto, como habitantes de este mundo, debemos someternos a las autoridades terrenales; debemos obedecerlas (1 Pe 2:13). Es evidente que la autoridad delegada se aplica a nosotros con respecto a nuestra interacción con el mundo.

Pero con respecto a nuestra participación en la Iglesia, también están presentes estas mismas dos variedades de liderazgo: la autoridad humana y la autoridad espiritual. Un tipo de autoridad la establece el hombre erróneamente y se apoya en las banalidades habituales de título, posición, vestimenta, etc. El otro tipo de autoridad la establece Dios y la confirma Su Espíritu.

Podemos escoger en el Cuerpo de Cristo. Por un lado, podemos aprender a reconocer la autoridad de Dios y someternos a ella; ya sea cuando Él nos habla personalmente o cuando Su voluntad es canalizada a través de uno de Sus instrumentos. Por otro lado, podemos someternos a algún tipo de autoridad humana delegada y “posicional” en la iglesia, que es establecida y reconocida por el hombre. Tenemos ante nosotros los dos caminos: el terrenal y el celestial.

Sin duda, Jesucristo desea ejercer la autoridad que Le corresponde sobre Su Iglesia; la doctrina en la que Él encabeza todas las cosas (Ef 1:22), donde Su preeminencia (Col 1:18) y Su control total están sobre todos los aspectos de la Iglesia, no es una enseñanza secreta. No debería sorprender a nadie el hecho de que cada miembro del Cuerpo deba desarrollar una relación íntima con Él que les permita sentir cada vez más Su liderazgo.

Una vez más, entendemos que es Su voluntad que todos sean sacerdotes (1 Pe 2:5). Una vez más, no es Su voluntad que algún otro ser humano se interponga entre nosotros y Él. Dios anhela reinar personalmente sobre cada persona de Su pueblo, para que, como un solo cuerpo, puedan expresar Sus propósitos y Su voluntad. Este siempre ha sido, y sigue siendo, un punto esencial en Sus planes para el hombre.

AUTORIDAD EN LA IGLESIA

Ciertamente, la autoridad de Jesús es necesaria en la Iglesia. No hay duda de que Dios usa hombres como líderes y ejemplos para otros con el fin de atraerlos a una relación con Cristo.

Pero ¿qué tipo de autoridad debería ser esa? ¿Una autoridad que se deriva de un “cargo” en la congregación? ¿Proviene de un nombramiento como anciano, pastor, ministro, diácono o algo similar? ¿Un título o un “cargo” califica a un hombre para dirigir al pueblo de Dios? ¿Esta responsabilidad la deben conceder otros hombres que también tengan algún título, educación o cargo? ¿Debe tener algún tipo de voto de confianza dado por la mayoría? ¿O se le otorga este honor a alguien en virtud de tener la personalidad más fuerte del grupo? ¡Por supuesto que no! Todos estos

ejemplos son simplemente costumbres terrenales que solo estorban a los propósitos de Dios y llevan a las personas a la servidumbre.

Como hemos visto, la autoridad espiritual genuina emana de Dios mismo. Aquellos que ejercen tal autoridad son instrumentos preparados que canalizan los pensamientos y deseos de Dios a Su pueblo. Ese es el tipo de autoridad que deberíamos estar viendo en la Iglesia, hoy.

Necesitamos, desesperadamente, de hombres que hablen solo cuando Dios les habla, que lideren de acuerdo con Su dirección y que manifiesten Sus revelaciones. La gran necesidad hoy en día no son los que han sido capacitados, escogidos o designados para puestos de autoridad, sino los que tienen intimidad con Dios y por medio de quienes Él puede canalizar libremente Su voluntad. Hay una gran diferencia entre este tipo de autoridad y la que se manifiesta a través de la carne.

Sí, la Biblia dice que los apóstoles “constituyeron” ancianos en cada iglesia (He 14:23), pero ¿qué significa realmente este término? W. E. Vine, en su obra llamada *Expository Dictionary of New Testament Words* (*Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*), dice lo siguiente: “(...) no se trata de una ordenación eclesiástica formal, sino de una “designación”, para el reconocimiento de las iglesias, de los que ya habían sido preparados y calificados por el Espíritu Santo y habían mostrado evidencia de esto en sus vidas y en sus obras” (Edición de 1966, en inglés. Lamentablemente, la edición actual de este libro no conserva los pensamientos originales del autor).

Esto quiere decir que los apóstoles no estaban seleccionando arbitrariamente hombres que cumplieran con ciertos requisitos, o que quizás estuviesen más dispuestos a seguir su proyecto, o que tal vez tenían mucho dinero o influencia en la comunidad. Más bien, con ojos espirituales, estaban “designando”, para beneficio de aquellos que no podían ver con tanta claridad, a aquellos a quienes Dios ya había seleccionado y preparado para usar como Sus instrumentos. La autoridad espiritual genuina no proviene del nombramiento para un “puesto” o un “obispado”. Aunque en el Nuevo Testamento ciertos hombres han adquirido etiquetas como

“anciano”, “diácono” o “apóstol”, su autoridad no se debe a un “cargo”. De hecho, es todo lo contrario.

Tales designaciones son el resultado de la labor espiritual que Dios ha hecho dentro de ellos. Su propósito es describir sus funciones especiales en el Cuerpo. No debemos entender estos nombres como indicaciones de posiciones de autoridad dentro de la iglesia. Más bien, son simplemente descripciones de los trabajos de estos hombres. Tales designaciones vinieron como resultado de la profunda obra espiritual que Dios hizo dentro de ellos.

Era una forma de describir sus funciones especiales en el Cuerpo. De alguna manera específica, Dios preparó a estos hombres para que fueran canales o instrumentos de Su autoridad. Estos nombres se usaron para describir e identificar las áreas en las que se desempeñaban, no para indicar un cargo o su jerarquía.

Se ha hecho un daño incalculable al pueblo de Dios por la mala interpretación de este principio. Con demasiada frecuencia, los hombres son nombrados por otros hombres para un “cargo” porque piensan que es necesario que haya algún tipo de autoridad en la iglesia. El pueblo de Dios ha sufrido grandes pérdidas y daños debido a esta costumbre.

Cuando establecemos la autoridad delegada terrenal en la Iglesia de Dios, ¡reemplazamos a la verdadera autoridad! Cuando escogemos o nombramos hombres según la razón o percepción humana, establecemos una variedad de autoridad distinta que es ajena al plan de Dios y que solo será un impedimento para Su perfecta voluntad.

La razón de esto es que, sin importar cuán “fiel a las Escrituras” parezca ser, la autoridad jerárquica humana nunca puede producir resultados espirituales. Nada que se origine a nivel terrenal puede cumplir los propósitos de Dios. La Biblia es bien clara: “La carne para nada aprovecha” (Jn 6:63). Que esto no se malinterprete; el esfuerzo humano, respaldado por la autoridad carnal y natural, puede lograr algunas cosas aparentemente impresionantes en el plano religioso. Las campañas de “avivamiento”, campañas de recolección entre miembros de la Iglesia, las actividades

de recaudación de fondos y los proyectos de construcción pueden llevarse a cabo mediante un liderazgo humano firme.

Sin embargo, recordemos que el “éxito” en ojos humanos no es la vara para medir nuestro éxito espiritual. No importa cuán grandiosas o impresionantes puedan parecer nuestras obras; si fueron construidas con las sustancias equivocadas —es decir, elementos terrenales en lugar de sobrenaturales—, serán destruidas en el Día del Juicio. Solo aquello que viene de la obra del Espíritu Santo sobrevivirá ese juicio.

Lo mejor que puede producir cualquier autoridad delegada es una especie de arreglo terrenal que trata de imitar a la obra del Espíritu. Además de no conseguir algo de valor eterno, también priva a los cristianos de la oportunidad de vivir en la realidad del liderazgo de Cristo. Métodos puramente humanos nunca pueden transmitir el poder necesario para transformar vidas humanas. No pueden llegar al interior de una persona y transformar su corazón.

LAS CONSECUENCIAS DE LOS REYES ACTUALES

Es cierto que Dios permitió a Su pueblo seguir su propio camino y le nombró un rey. Aunque Él no lo deseaba, continuó trabajando tanto como le fue posible a través de este sistema errado, a fin de lograr tener una relación íntima con Su pueblo. Así mismo, en la actualidad, Él tolera nuestro comportamiento desobediente cuando nombramos autoridades terrenales en Su Iglesia.

En Su abundante misericordia y gracia, Él obra a través de nuestras “jerarquías”, en la medida de lo posible, para cumplir Sus propósitos. Sin embargo, esta no es Su perfecta voluntad y nunca podrá cumplir Sus más sublimes deseos. La Biblia deja bien claro que nombrar tal autoridad es lo mismo que rechazar la del Señor, lo cual es un grave error.

Las tres consecuencias de este error, que tan claramente predijo Samuel, son las siguientes:

1) Roba a las personas sus frutos espirituales (hijos e hijas). La autoridad humana paraliza el Cuerpo de Cristo al poner sus instrucciones y planes propios en lugar del Espíritu Santo. Si bien

esta autoridad puede tener buenas intenciones e, incluso, organizar muchos proyectos, como “actividades evangelísticas”, el tremendo poder del evangelio disminuye cuando se hace tal sustitución.

Un resultado desfavorable de eso es que los cristianos tienden, naturalmente, a buscar orientación y aprobación en la autoridad humana en vez de ser continuamente dirigidos por su verdadera Cabeza. Como resultado, quienes están bajo este tipo de autoridad dudan en iniciar cualquier cosa por sí mismos por dudar de que lo que hagan pueda ser visto como un desafío a la autoridad del líder.

Con el tiempo, se vuelven incapaces de ser guiados por el Espíritu Santo. Esto les roba el poder espiritual y los frutos a los cristianos. A medida que la relación íntima con la verdadera Autoridad es reemplazada por algo humano y débil, el fruto producido en todas las facetas de la vida espiritual disminuye.

2) La autoridad humana exige el dinero —o las posesiones— de las personas. Es indiscutible que la relevancia de cualquier cargo terrenal se juzga por su esfera de influencia y su extravagancia. Cuantas más personas un líder tiene bajo su autoridad, más importante es. Cuanto más poderoso sea el territorio que gobierna, mayor prestigio tiene. Lo usual es que esta exaltación ante los ojos humanos venga acompañada con ropas más extravagantes, medios de transporte más caros y viviendas más lujosas.

En la iglesia actual no es diferente. Casi invariablemente, a medida que crece la influencia de un líder, también crece su deseo de conseguir lugares de reunión más grandes e impresionantes, un vestuario más de acuerdo con su puesto y, en general, un aumento de salario. Todo esto, por supuesto, cuesta dinero; y ese dinero proviene de aquellos que se someten a la influencia de esa autoridad terrenal.

Tómate un momento y compara esto con el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. Él no tenía dónde recostar la cabeza, probablemente tampoco tenía una muda extra de ropa. Nunca construyó palacios ni templos. Rechazó constantemente cualquier posición de autoridad terrenal. Su pago era lo que otros le daban

por inspiración del Padre. ¿Cómo se compara con eso lo que estamos haciendo hoy?

Es cierto que las Escrituras nos exhortan a dar nuestro dinero a la obra y a los obreros de Dios. Pero si utilizamos nuestros ingresos para apoyar proyectos y autoridades humanos, no seremos recompensados. Cuando descienda el fuego de Dios, todo lo que se haya construido con materiales naturales (madera, heno y paja) se consumirá, y nuestro dinero, tan arduamente ganado, se esfumará también.

Por otro lado, si tenemos cuidado e invertimos nuestro dinero en cosas que son, en efecto, espirituales, nuestra inversión dará frutos para la eternidad. Cuando usamos nuestras finanzas para apoyar personas, obras y líderes verdaderamente espirituales, nunca perderemos nuestra recompensa.

3) La autoridad no espiritual lleva al pueblo de Dios a ser esclavo de la voluntad humana, usando su tiempo, su energía y sus aptitudes para construir una organización terrenal en lugar de un cuerpo espiritual. La autoridad humana, con todos sus planes y proyectos, necesita personas para hacer el trabajo. Entonces, cuando te sometes a esa autoridad, permites que te utilicen como un instrumento para esos esfuerzos.

Además, en la medida en que te sometes a que la autoridad humana gobierne tu vida, excluyes la autoridad del Espíritu. No se puede servir a dos maestros. Es inevitable que surja un conflicto entre los dos. Tu Maestro celestial quiere dirigir todos los aspectos de tu existencia, mientras que cualquier otra autoridad solo será una competencia para Él y traerá frustración.

Cuando escoges lo terrenal, como lo hicieron los israelitas, te conviertes en un esclavo de la voluntad y los caprichos humanos en lugar de vivir la verdadera libertad de la sumisión a Dios.

Esta es una esclavitud de la cual Dios no nos librará (1 Sam 8:18). Dios nunca violará nuestra voluntad. Cuando elegimos algo, Él no nos obligará a cambiar nuestra decisión. Puede obrar de muchas formas diferentes para hacernos ver nuestro error. Tal vez descubramos que nuestra percepción de Su presencia va disminuyendo en nuestras vidas. Tal vez comencemos a pensar

que los problemas que parecían ser pequeños cuando caminábamos en comunión íntima con Jesús ahora parecen insuperables. Él puede, inclusive, permitir que nos sintamos miserables en el camino que escogemos.

Cuando nos sometemos voluntariamente a la autoridad humana, Dios no nos libra de ella. Nuestra única alternativa es revertir nuestra decisión. Debemos actuar por nosotros mismos y optar por alejarnos del control de cualquier autoridad en la Iglesia que sea un reemplazo de la autoridad del Señor.

Puede que esto sorprenda a muchos, pero es verdad. Cuando nos sometemos a la autoridad terrenal, en realidad nos sometemos a una maldición. La Palabra dice: “¡Maldito aquel que confía en el hombre, que pone su confianza en la fuerza humana, mientras su corazón se aparta de Jehová! Será como la retama en el desierto, y no verá cuando llegue el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada” (Jer 17:5-6).

Ten en cuenta cómo la confianza en el hombre y el alejarse de Dios están relacionados. Cuando miras a los seres humanos, no puedes evitar apartar los ojos de Dios. Otro versículo nos advierte: “No confiéis en los príncipes ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación”. Y continúa: “Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios” (Sal 146:3,5).

TENEMOS QUE ESCOGER

Hoy, en la Iglesia de Cristo, se ejercen estos dos tipos de autoridad, la autoridad terrenal, humana, y la autoridad espiritual, genuina. Como miembros de la Iglesia, cada uno de nosotros se enfrenta a una decisión importante. Si nos sometemos la autoridad humana, posicional, esta entorpecerá y, finalmente, reemplazará a la espiritual. Si, por el contrario, nos rendimos a la autoridad celestial, esta inevitablemente entrará en conflicto con la terrenal.

Como ya hemos visto, esta decisión es sumamente importante. De hecho, es crucial. Si optamos por el camino ancho y fácil, sin duda encontraremos mucha compañía y podremos disfrutar

de bastante popularidad, pero vendrán sobre nosotros las consecuencias sobre las cuales Dios nos advirtió explícitamente.

Si, por otro lado, escogemos el camino más difícil y angosto, habrá ocasiones en las que nos encontraremos solos y, nos guste o no, nos veremos atrapados en el conflicto entre estos dos tipos de autoridad.

Los primeros apóstoles e, inclusive, el propio Jesús, pasaron por este tipo de situación. Aunque no fue su intención, sufrieron una pugna continua de quienes ocupaban “cargos” en la organización religiosa de su época. Las autoridades tradicionales vieron algo de forma muy clara: si permitían que esta manifestación de autoridad espiritual siguiera de forma descontrolada, en algún momento, reemplazaría a la suya.

De alguna manera, pudieron reconocer que se trataba, en esencia, de un tipo superior de autoridad que estaba destinada a suplantarse a su autoridad humana e inferior. Sus corazones no estaban en sintonía con el corazón de Dios y, por eso, lucharon para mantener el “lugar” que tanto amaban (Jn 11:48).

En el proceso, hicieron todo lo posible para suprimir a la máxima autoridad. Finalmente, cuando habían agotado todas las demás opciones, recurrieron a matar a los representantes de Dios.

¡Qué fácil es querer evitar conflictos! Es nuestra tendencia natural continuar con el statu quo y ser como todos los demás (1 Sam 8:5). Sin embargo, no estamos en ninguna posición diferente de la de nuestros predecesores o de nuestro Señor. Si de verdad queremos seguir a Jesús, Sus conflictos se convertirán en los nuestros.

Entonces, una vez más, tendremos estas dos opciones. Podemos preservar nuestra paz y felicidad personales o prepararnos para compartir los sufrimientos de Cristo. Podemos someternos al hombre o humillarnos bajo la poderosa mano de Dios (1 Pe 5:6).

EL PROBLEMA DE LA INVISIBILIDAD

Uno de los problemas que enfrentamos cuando se habla de autoridad canalizada versus autoridad posicional, terrenal, es que

Jesús, hoy, es invisible. No podemos verlo con nuestros ojos físicos. El hombre natural confía en las cosas tangibles, las cosas que se pueden ver, oír, sentir o saborear. Para él, las cosas invisibles son difíciles de percibir y comprender y, por lo tanto, las considera poco fiables.

Una consecuencia de esto es que, para los nuevos cristianos y para aquellos que no han crecido espiritualmente, es mucho más sencillo sentirse atraído por la autoridad terrenal, posicional. No les resulta fácil comprender las cosas espirituales. Para muchos de ellos, tener una persona con un título y un cargo de autoridad que dirija sus vidas es mucho más simple y seguro que pensar en la necesidad de oír a alguien invisible y seguirlo.

Nuestra relación con Jesús resucitado y vivo es por fe. Mediante nuestra fe, comprendemos y percibimos lo que es invisible, incluida la presencia y el liderazgo de nuestro Señor Jesucristo. Es imposible conocerlo y seguirlo sin fe.

No bastará con solo seguir las instrucciones bíblicas. Debemos, mediante la fe, desarrollar una relación personal e íntima con Jesús, aprender a reconocer Su voz y seguirlo. De esta manera, Él puede guiarnos en la dirección de Su voluntad plena.

NO SIEMPRE ES BLANCO Y NEGRO

Lamentablemente, la distinción entre la autoridad posicional terrenal y la verdadera autoridad espiritual no está claramente definida en la Iglesia. A menudo se mezclan; la situación no siempre es blanco o negro.

En la Iglesia hay algunos hombres que expresan cierta autoridad espiritual, pero han permitido que otros hombres les otorguen puestos de autoridad terrenales. También es posible que algunos hayan buscado estos puestos por su propia cuenta. Esto pone a estos líderes en una situación en la que pueden ejercer ambos tipos de autoridad, y es probable que lo hagan. Analizaremos este tema tan particular en próximos textos.

A menudo, los propios líderes no pueden distinguir entre los dos tipos de autoridad. No se les ha enseñado esto o no son

lo bastante maduros para comprender las implicaciones de ejercer cada tipo de autoridad. Depende de cada individuo saber, de acuerdo con la revelación del Espíritu Santo, a qué direcciones y liderazgo debe someterse y cuáles deben ser rechazados.

Debemos tener mucho cuidado en esta decisión tan importante. Hay dos formas en las que podemos equivocarnos gravemente.

Por un lado, la rebelión carnal contra la autoridad terrenal no agrada a Dios. Cuando discernimos que la autoridad natural está siendo reemplazada por la de Dios en la iglesia, si nuestra reacción a ella no se caracteriza por la mansedumbre, la humildad y el amor, no es la respuesta del Espíritu. Cuando manifestamos odio o ira, nos alejamos de la obra de Dios. No podemos permitir que nuestra carne reaccione a lo que vemos; debemos ser dirigidos en todos los sentidos por la Autoridad suprema.

En general, la respuesta de Jesús mientras estaba en la Tierra no fue confrontar y condenar, sino continuar con la verdadera obra de Dios. No se nos exhorta a rebelarnos contra cualquier autoridad posicional, sino a simplemente someternos a la voluntad superior de Dios.

Por otro lado, no queremos, y, de hecho, no podemos, perder la orientación sobrenatural de Dios, en especial cuando viene a través de otros canales o instrumentos humanos. No podemos rechazar toda y cualquier autoridad que se manifieste a través de los hombres. Es esencial que nos humillemos en este asunto ante nuestro Creador y que estemos dispuestos a obedecer Su voz, dondequiera que la escuchemos. Necesitamos estar dispuestos a obedecerlo en lo que sea que Él diga. Si nuestros corazones no tienen esta actitud, acabaremos rechazando no solo la autoridad humana, sino también toda autoridad. Nuestra condición será de rebeldes independientes que tienen poca utilidad para Dios. La verdad es que, si no podemos someternos al Señor cuando Él habla a través de nuestros hermanos y hermanas, no estamos sometidos a Él en absoluto.

La cuestión obvia que surge de todo este análisis es: “¿Cómo podemos saber la diferencia entre la autoridad que es

espiritual y aquella que es de la Tierra?”. La respuesta es muy simple, pero no es fácil. La única manera de distinguir entre estos dos tipos de autoridad es tener discernimiento espiritual. Además de una revelación del Espíritu Santo, no hay otra forma de saberlo. El hombre natural no es capaz de diferenciar los dos tipos de autoridades. Solo aquellos que tienen visión espiritual podrán saber qué es lo que viene de Dios y qué viene de otra fuente. Es algo que debe discernirse espiritualmente.

Por lo tanto, es esencial que cada hijo de Dios cultive una relación íntima con Él. Cada uno de nosotros es responsable de desarrollar y mantener una relación espiritual con nuestro Señor. Nadie más hará esto por nosotros. No podemos esperar que algún tipo de “rey” se haga cargo de las responsabilidades.

Así como con el pueblo de Israel, el deseo de Dios ha permanecido igual. En Su corazón, Él anhela que nos dejemos llevar hacia una relación de amor profundo con Él. De esta manera, descansando al lado de Jesús como Juan (Jn 13:23), llegaremos a comprender todo lo que Él considera necesario que sepamos.

2.

LA REBELIÓN DE CORÉ

*H*ace muchos años, cuando los hijos de Israel acampaban en el desierto, surgió una discusión entre ellos sobre quién debía tener la autoridad. Hasta ese momento, Moisés y su hermano Aarón habían estado guiando al pueblo de Dios. Moisés había venido a Egipto, les habló la palabra del Señor a los israelitas y al faraón y, posteriormente, dirigió al pueblo de Dios, liberándolo de su esclavitud, hacia el destino que divinamente se les había fijado. Este fue un momento maravilloso en la historia del pueblo de Dios durante el cual se demostró dramáticamente Su poder y Su victoria sobre las fuerzas del mal.

Sin embargo, con el paso del tiempo, algunos otros hombres de la congregación se desilusionaron del ejercicio de autoridad de Moisés y Aarón. Estos otros hombres (de hecho, eran más de 250) también eran líderes en la congregación y hombres de renombre en el pueblo (Nm 16:2). Habían comenzado a preguntarse por qué Moisés y Aarón se presentaban como las autoridades y se encumbraban por encima de todos los demás (Nm 16:3).

Su razonamiento quizás fue algo así: "Aquí todos somos creyentes. Dios está entre todos nosotros. Todos en la congregación son igual de santos que los demás. Para los ojos de Dios, somos iguales. ¿Quiénes creen que son estos dos? Nuestra comprensión de la voluntad de Dios es tan válida como la de ellos. ¿Por qué debemos seguirlos?".

Este tipo de razonamiento es fácil de entender. Es perfectamente natural para nosotros pensar de esta manera cuando

nos enfrentamos de forma continua con la autoridad espiritual. Al principio, cuando alguien viene con una palabra del Señor y manifiesta unción espiritual, es fácil impresionarse y prestar atención a lo que dice. Pero, después de un tiempo, cuando uno llega a conocer a la persona y aprende algo sobre su fragilidad y sus debilidades humanas —cuando se pierde la primera aura de impresión espiritual—, entonces ese tipo de pensamientos comienza a surgir.

No es difícil para nosotros simpatizar con estos hombres y las razones por las que comenzaron a pensar así. Moisés había prometido llevarlos a una tierra en la que fluía leche y miel, pero alrededor de ellos solo se veía desierto. Les había dicho que Dios quería bendecirlos abundantemente, pero incluso en Egipto se habían sentido más cómodos que como estaban. Tenían ojos. Podían ver que no estaban tomando la ruta más directa a su destino.

Y este Moisés mantenía las cosas en la familia, ya que designaba a sus familiares como sacerdotes. Solo un tonto seguiría dejándose guiar y dominar por estos dos sin expresar su propia opinión un poco. ¿Será que Moisés tenía la intención de mantenerlos cegados para que él y su hermano pudieran aferrarse a todos los puestos de autoridad? (Nm 16:14).

A medida que leemos el pasaje, descubrimos que la reacción de Dios ante este proceso de pensamiento fue dura en extremo; de hecho, tan sorprendentemente grave que muchas de las personas se consternaron por ella y se enojaron. Los rebeldes que no respondieron a los llamados de Moisés al Tabernáculo de reunión fueron consumidos por la tierra. Ocurrió algo nuevo y estos hombres, junto con sus familias completas, descendieron vivos al Seol (Nm 16:30-33). A continuación, fuego del cielo descendió y consumió a los 250 restantes.

Entonces, como si este juicio sumamente devastador e increíble sobre el pueblo de Dios no fuera suficiente, una plaga azotó a aquellos que se habían ofendido por lo que había ocurrido y mató a 14 700 más. De hecho, solo fue a través de la intervención de Moisés y Aarón que no fue destruida en un momento toda la congregación. Qué calamidad de proporciones tan inimaginables les había sucedido a aquellos que Dios había elegido como Suyos.

Hagamos una pausa y consideremos este evento cuidadosamente. Esto no es simplemente un relato de historia antigua. El Nuevo Testamento explica claramente que estas cosas fueron escritas para nuestro beneficio (1 Co 10:11). Este es, realmente, un mensaje para la Iglesia de nuestra era que Dios quiere con ansias que escuchemos. Esta es una palabra de instrucción correctiva y aleccionadora que está en Su corazón. Que Él tenga misericordia de nosotros para que la podamos recibir de tal modo.

AUTORIDAD ESPIRITUAL VERDADERA

Por supuesto, la mayoría de los lectores ya se habrá dado cuenta de que el verdadero problema aquí no es una discusión sobre personalidades u opiniones. No es un análisis de quién tenía las mejores ideas o consejos. Es el cuestionamiento de la autoridad espiritual. Fue una discusión sobre a quién Dios estaba ungiendo y usando para dirigir a Su pueblo conforme a Su voluntad.

Dado que es evidente que este tema es tan crucial y que Dios llegó a tales extremos para demostrarnos su importancia, parece bueno detenernos un poco aquí y examinar la necesidad de reconocer la autoridad espiritual genuina y cuál debería ser nuestra respuesta a ella.

En el primer capítulo de este libro sobre autoridad espiritual, descubrimos que hay dos variedades de autoridad en el mundo actual. Un tipo es una autoridad terrenal llamada “autoridad delegada”, que Dios ha establecido para mantener la maldad de este mundo bajo control. Esta autoridad la ejercen aquellos que tienen títulos y puestos en nuestras sociedades, como los policías, los funcionarios gubernamentales, los jueces, etc.

El otro tipo de autoridad es una de naturaleza espiritual que hemos llamado “autoridad canalizada”. Aquellos que manifiestan este tipo de autoridad son solo canales a través de los cuales fluye directamente la autoridad de Dios. Son canales que utiliza para transmitir Su voluntad. Cuando se ejerce tal autoridad, es una verdadera revelación de Dios mismo. No es la persona quien habla por sí misma, sino que es una manifestación de la voluntad divina.

Como hemos visto antes, Moisés era un canal de autoridad divina. Fue un hombre que Dios usó para manifestar Sus propios planes y propósitos de una manera asombrosa. Muy pocos hombres en la historia del mundo, además de él, han manifestado tal poder y liderazgo sobrenatural.

Sabemos que Moisés no instauraba sus propias ideas y opiniones. No dirigía al pueblo de Dios según su propia sabiduría o dirección. Él era, simplemente, un instrumento utilizado por Dios para transmitir Su voluntad a Su pueblo. Él era un conducto a través del cual Dios hablaba de forma clara y directa.

Quizás esta comprensión ayudará a explicar la severa reacción de Dios al desafío de Coré y sus acompañantes. Pensaron que estaban en desacuerdo con un hombre. Imaginaron que estaban tratando con algún tipo de autoridad delegada y terrenal. En cambio, descubrieron que estaban oponiéndose a Dios mismo. Aunque la autoridad de Dios se había manifestado por medio de un canal humano, esto no afectaba en nada al hecho de que era realmente Él.

Moisés trató de salvarlos de su error y les explicó este hecho diciéndoles: “Por tanto, tú y todo tu séquito sois los que os juntáis *contra* Jehová” (Nm 16:11), pero se negaron a escuchar. En consecuencia, sufrieron el juicio más sorprendente e inmediato de Dios mismo. Sin darse cuenta, Lo habían desafiado directamente y Él no esperó para responder.

EL OTRO LADO DE LA MONEDA

En el primer capítulo, hemos visto que establecer una autoridad “delegada” en la Iglesia es un grave error y que las consecuencias de esto son trascendentales. Sin embargo, ahora parece que también hay un error extremadamente grave que se puede cometer al otro lado de la moneda.

Algunos cristianos han sido iluminados y han entendido que mucho de lo que hoy pasa por autoridad espiritual es, en realidad, solo autoridad humana. Han rechazado el error del “sistema de reyes” y todo lo que este implica.

Pero, como hemos visto al comienzo de este texto, esto no es suficiente. También debemos estar capacitados y dispuestos

para reconocer la autoridad espiritual genuina y someternos a ella. No es suficiente que cada hombre haga lo que bien le parezca (Dt 12:8). No es suficiente que rechacemos la autoridad humana si no nos sometemos a la verdadera. Cuando hacemos esto, nos situamos exactamente en la posición en la que se encontró Coré y su gente: nos oponemos a la propia autoridad de Dios que se está manifestando a través de un ser humano.

Hoy, Dios se ha limitado. No envía correos electrónicos a Su pueblo. No suele hablar de forma audible desde el cielo. A pesar de que Él se comunica personalmente con cada creyente por medio del Espíritu, hay momentos en los que debe usar canales humanos para revelar Su voluntad. Cuando el pueblo de Dios no puede o no quiere escucharlo directamente, entonces Él utiliza a uno de Sus instrumentos para expresar Su palabra.

El problema es que estos seres humanos que Dios utiliza son solo eso: seres humanos. Cuando Dios habla a través de ellos, no hace que les crezcan alas, les salgan halos o, de repente, comiencen a caminar sin tocar el suelo. Simplemente siguen siendo lo que son.

En esta época, resulta que Dios está corto de cristianos perfectos que pueda usar para transmitir Su voluntad. En consecuencia, se ve obligado a utilizar a algunos que, por decirlo de alguna forma, no están del todo santificados. Aún necesitan comer, aún necesitan dormir por la noche y, desafortunadamente, de vez en cuando, aún manifiestan la parte no transformada de su naturaleza. Sin embargo, cuando hablan conforme al Espíritu de Dios, son, durante ese período, una manifestación viviente de Su autoridad.

UN GRAN ERROR

Es un gran error pensar que será fácil para el hombre natural reconocer a aquellos que Dios está usando para expresar Su autoridad. La mayoría de los profetas no eran lo suficientemente impresionantes en su exterior como para atraer multitudes de seguidores. Incluso un hombre como Moisés, que fue usado para hacer milagros espectaculares, tenía dificultades continuamente con hombres y mujeres que no podían ver más allá de la apariencia superficial.

Nuestro mismísimo Señor Jesús fue el máximo ejemplo de autoridad espiritual. Sin embargo, muchas de las personas terrenales a Su alrededor que carecían de visión espiritual no pudieron discernir quién y qué era Él. Su propia familia no Lo reconoció. La gente de Su pueblo natal no pudo recibir Su ministerio. Incluso los líderes de la "Iglesia" de Su día, los que deberían haberlo acogido, no comprendieron el origen de Su autoridad (Mt 21:23). Al final, los funcionarios religiosos delegados se opusieron a muerte a esta manifestación de autoridad porque presentaba una amenaza para su puesto y su "lugar" (Jn 11:48).

Quizás nuestras ideas preconcebidas a veces son un obstáculo. Quizás idealizamos demasiado a muchas de las figuras bíblicas que Dios utilizó en el pasado y esperamos que nuestros hermanos y hermanas sean como imaginamos que aquellos eran. Si bien las Escrituras se centran en los momentos en los que estaban ungidos por el Espíritu, no cabe duda de que tuvieron momentos en los que fueron imperfectos.

Mientras reflexionamos sobre estos hombres y su obra para Dios, es fácil suponer que, si hubiéramos vivido en esos tiempos, sin duda los habríamos reconocido como instrumentos del Altísimo. Suponemos que su comportamiento, su conducta o algo sobre ellos seguramente nos impresionaría y no habríamos rechazado su testimonio como tantos de nuestros antepasados lo hicieron.

Ciertamente, no habríamos sido aquellos que "mataron a los profetas" cuando estos trajeron una palabra incómoda de escuchar (Mt 23:31). Pero es evidente que la gran mayoría del pueblo de Dios sí tuvo este problema. No pudieron ver más allá de la humanidad de los canales y escuchar Su voz.

LA NECESIDAD DE AUTORIDAD

Es un hecho de la vida que a la humanidad se le hace muy difícil reconocer la autoridad y someterse a ella. Esta deficiencia es un resultado directo de la caída del hombre y de la subversión de la naturaleza humana. Ya sea que queramos admitirlo o no, en el corazón de cada persona yace una rebelión arraigada profundamente. De hecho, esta rebelión es la fuente de todos los problemas

con el pecado que tenemos hoy en día. Rebelarse, desobedecer las órdenes de Dios, fue lo que destruyó a Adán y Eva. Y es esta misma rebelión dentro de nuestros corazones lo que nos impide escuchar Su voz hoy cuando nos habla individualmente o mediante otros.

Uno de los principales propósitos de Dios en Su obra dentro de nuestros corazones es vencer esta rebelión. Dios desea establecer Su Reino y Su autoridad en nuestras vidas. Podemos vivir esta experiencia liberadora a medida que nos sometemos a la autoridad divina. La expresión de Su autoridad, la manifestación de Su voluntad para nuestras vidas, llega a nosotros de muchas maneras diferentes. Sin embargo, independientemente de cómo se exhiba, es importante que Lo reconozcamos como el origen.

Dios nos hablará individualmente a través de nuestro espíritu, no solo con palabras, sino, a menudo, con sutiles inclinaciones hacia Sus deseos. Dios nos hablará a través de las Escrituras mientras meditamos sobre las cosas que escribió en ellas. Y Dios nos dirigirá por medio de nuestras circunstancias a medida que nos sometamos a Él y busquemos Su voluntad mientras se manifiesta mediante nuestro entorno.

No estoy diciendo que deberíamos dejar que los eventos que transcurren en nuestro entorno nos sometan por completo. El punto aquí es que debemos aprender a percibir y reconocer la mano de Dios obrando en nuestras situaciones, de modo que no pasemos por alto nada de lo que nos dice por medio de ellas.

Otra forma importante en la que Dios nos muestra Su voluntad es por otros cristianos. Cuando nacemos de nuevo, Jesús nos coloca en Su cuerpo. En el diseño sobrenatural de Dios, Él no ha hecho que cada uno de nosotros esté completo y sea independiente. En cambio, Su diseño es que cada miembro de Su cuerpo tenga funciones y dones especializados.

Ha diseñado una gran diversidad en Su cuerpo y, con esto, pretende generar una gran interdependencia. Ninguna persona “lo tiene todo”, sino que cada una debe estar dispuesta a recibir el ministerio de otras para estar completa. De esta manera, todos tienen algo que ministrar y cada persona depende en cierta medida de las demás para las cosas que no tiene por sí misma.

Esto es especialmente cierto en el área de conocer la voluntad de Dios y ser sensible a Su autoridad. A medida que cada persona crece espiritualmente en la esfera de su ministerio designado, la autoridad de Dios comienza a fluir mediante ella en esta área. Cuanto más una persona crece en obediencia al Espíritu, más la puede usar Dios para manifestar Su voluntad.

En consecuencia, cada persona comienza a tener una comprensión única de la voluntad de Dios. Entonces, cuando estamos receptivos a que Dios nos hable a través de otros, Él puede ministrarnos de muchas maneras importantes e inusuales.

Probablemente, a la mayoría de los cristianos les guste imaginar que tienen una gran capacidad para percibir la expresión del Espíritu de Dios en ellos. Sin embargo, en la práctica, la mayoría de nosotros está lejos de este ideal. En el corazón de prácticamente cada creyente aún existen áreas de oscuridad y rebelión. Estas son las partes no transformadas en las que Dios aún está tratando de trabajar.

Debido al hecho de que no nos damos cuenta de que existen tales áreas, a menudo es muy difícil que el Señor aborde estos problemas. Por lo tanto, Él intentará usar a otros creyentes para hablarnos sobre estas cosas. Él les proporcionará a otros la comprensión y la revelación necesarias acerca de nuestras vidas, cosas que no podemos recibir nosotros mismos, para que puedan usarlas para ministrarnos.

Si, cuando esto ocurra, podemos reconocer la voz del Señor hablándonos por medio de nuestros hermanos y hermanas, seremos bendecidos. Si nos rehusamos a responder a la autoridad de Dios, nos perderemos lo que Él quiere para nosotros.

A medida que vivimos y nos movemos en el cuerpo de Cristo, debemos aprender a reconocernos e interactuar unos con otros espiritualmente. Para ello, es esencial que dejemos de conocernos unos a otros "según la carne" (2 Co 5:16). Esto significa que no debemos formarnos una opinión de los demás según lo que percibimos con nuestros sentidos físicos o temores mentales. Nunca debemos enfocarnos en sus rasgos de personalidad peculiares, fallas, fortalezas o debilidades.

En cambio, debemos aprender a discernir espiritualmente el Espíritu del Señor en los demás, y a reconocer los dones y los ministerios especializados que Él les ha dado. Debemos verlos a través de los ojos de Dios. A medida que reconocemos los ministerios espirituales de nuestros hermanos y hermanas, Dios puede comenzar a usarlos para ministrar en nuestras vidas. Su autoridad fluirá y nos tocará de maneras que nunca esperaríamos. Esta es una experiencia cristiana esencial. Así, gracias a la contribución de cada parte (Ef 4:16), el Cuerpo se edifica hasta convertirse en lo que Jesús desea.

Es precisamente por esta razón que se nos enseña a someternos unos a otros en el temor de Dios (Ef 5:21). Cuando interactuamos con otros creyentes que siguen al Señor, no solo estamos tocando a seres humanos. La Iglesia, insiste la Biblia, es la morada del Espíritu Santo. Cuando estamos experimentando relaciones espirituales vivientes con otros, no es solo con “ellos” con quienes estamos en contacto, es con Dios mismo.

Este hecho debe tener un impacto profundo en nosotros. Al entenderlo, debería hacernos reflexionar y reexaminar nuestra actitud y relación con otros cristianos. ¡Cuánto nos hace falta una gran dosis del temor del Señor en nuestra experiencia en la Iglesia!

LA EXPERIENCIA DEL “CUERPO”

Hasta ahora, hemos estado hablando en general sobre nuestras vidas individuales, pero estas mismas verdades también se aplican al cuerpo de Cristo como un todo. Dios no solo quiere dirigirnos individualmente, sino que también anhela que Su Iglesia se mueva junta como una sola según Su voluntad. La Biblia nos enseña que Jesucristo es la cabeza del Cuerpo, la Iglesia (Col 1:18). Leemos que Él tiene plena autoridad sobre todas las cosas. La intención de Dios es controlar cada aspecto de los movimientos de la Iglesia.

La Iglesia debe comportarse como una mujer corpórea, la cual responde a cada inclinación de su Cabeza celestial igual que una esposa responde a su esposo. Qué cosa tan gloriosa es cuando la Iglesia se mueve junta hacia la dirección en que Dios la lleva.

Qué hermoso es ver cómo la esposa de Cristo responde junta a su amado.

Esta es una maravillosa doctrina. Sirve como meditación inspiradora durante nuestros momentos privados con el Señor. Pero ¿cómo se manifiesta esta autoridad? Supongo que, en teoría, es posible que el Señor mueva Su cuerpo dándole a diferentes personas la misma instrucción al mismo tiempo. Sin embargo, en la práctica, parece que Dios usa líderes (hombres y mujeres) a quienes ha preparado para recibir y canalizar Su voluntad.

En la Iglesia, esta sublime posibilidad de moverse como una se convierte en una bendición genuina para nosotros mientras nos sometemos a Dios cuando nos habla a través de otros. Cuando estamos dispuestos a escuchar Su voz y obedecerla, todos Sus santos propósitos se lograrán en nosotros, a través de nosotros y alrededor de nosotros. La profetisa Débora vio algo como esto que la inspiró a bailar mientras cantaba lo siguiente: "Por haberse puesto al frente los caudillos en Israel, por haberse ofrecido voluntariamente el pueblo, load a Jehová" (Jue 5:2).

A partir de las Escrituras, aprendemos que hay ministerios especializados en la Iglesia diseñados por Dios específicamente para el liderazgo de todo el grupo.

Los apóstoles, aquellos a quienes Dios les ha confiado la visión general de Su morada; los profetas, aquellos por medio de los cuales entrega mensajes oportunos que Su pueblo necesita escuchar; los pastores, los maestros y los ancianos: los siervos a través de quienes Dios expresa Sus deseos a los Suyos; y, en general, cualquier persona calificada que Él pueda usar para manifestar Su voluntad a Su cuerpo podrían categorizarse como "líderes". Con frecuencia, son estos líderes a quienes la Cabeza usará para señalarle al resto Sus instrucciones y Sus planes.

¿CUÁL ES NUESTRA RESPUESTA?

Pero, cuando tales personas hablan, ¿cuál es nuestra respuesta? (Recuerde aquí que no me refiero al ejercicio no divino de la autoridad posicional en la Iglesia, sino a la verdadera autoridad espiritual canalizada). ¿Podemos discernir la voz de Dios o la

rechazamos tercamente? ¿Somos sumisos o pensamos algo como lo siguiente? “No estoy de acuerdo con eso. No va con lo que pienso o quiero. ¿Quién cree este que es tratando de decirnos qué debemos hacer?”. O incluso: “No escuché a Dios decirme nada como eso a mí”. En realidad, todos los presentes escucharon a Dios decir algo “como eso”. Él les hablaba personalmente, a través de su hermano.

Dios no los llama a todos a desempeñarse como líderes. De hecho, la mayoría no lo son. En consecuencia, es imperativo que la mayoría se someta a la voz de Dios cuando habla a través de los líderes. De esta manera, quienes no tengan este don encontrarán orientación y satisfacción. Serán guiados a la voluntad del Padre simplemente siguiendo Su voluntad canalizada en sus hermanos. Cuando la expresión de esta autoridad es genuina, se exhibirá un poder y una alegría enormes a medida que la Iglesia se mueva según la dirección de la Cabeza. Así, se manifestará una expresión gloriosa del Reino de Dios en la Tierra.

Por el contrario, dado que Dios no siempre le dice cada uno de los aspectos de Su voluntad directamente a cada persona, si rechazamos lo que nos dice mediante Sus canales preparados, experimentaremos una gran carencia de propósito y dirección. Dicha rebelión genera confusión. La pobreza espiritual y la pérdida del poder para vencer son el resultado de hacer “cada uno lo que bien le parece” (Dt 12:8).

La reducción del fruto espiritual, tanto en las vidas individuales como en el poco aumento del número de creyentes nuevos, se manifestará rápidamente. Cuando no estamos dispuestos a escuchar a aquellos por los cuales Dios nos habla, perdemos Su liderazgo y quedamos solo con nuestras propias ideas y opiniones.

Estas opiniones contrarias —aquellas que se interponen en el camino del Señor— competirán naturalmente por la aceptación entre los creyentes. Por lo tanto, sin el liderazgo divino, la Iglesia se paraliza y se divide.

La reacción adecuada que debemos tener cuando alguien piadoso afirma tener una palabra del Señor para la Iglesia es examinarla con humildad ante Él y en oración. Cuando la persona que ha hablado es conocida por haber sido usada antes por Dios para

manifestar Su voluntad, debemos ser mucho más diligentes para asegurarnos de que nuestra respuesta sea la correcta.

Es bueno que recordemos aquí que, si no entendemos algo, esto no es motivo para rechazarlo. A menudo, no es fácil para nosotros comprender la visión asociada con los ministerios de otros miembros. Nuestra responsabilidad es, con seriedad y honestidad, orarle a Dios por estas cosas.

Si lo que hemos escuchado no viene de Él, no necesitamos escucharlo; de hecho, no debemos obedecerlo. Sin embargo, dicha decisión debe tomarse con la máxima humildad, con temor de Dios y con cuidado para asegurarse de que nuestro discernimiento sea correcto. Recuerde, la tendencia general de nuestra carne se inclina hacia el lado de la rebelión.

Sin duda, es por esta razón que Pablo, el apóstol, exhortó a sus lectores a ser cuidadosos para reconocer a aquellos que eran trabajadores espirituales y que manifestaban una autoridad espiritual real (1 Te 5:12). Este debe haber sido el motivo detrás de la amonestación en 1 Corintios 16:15,16, cuando instó a los creyentes a reconocer a quienes Dios estaba utilizando y a sujetarse a ellos.

Una y otra vez, en el Nuevo Testamento, se destaca el tema de someterse a la autoridad espiritual. ¿Por qué? Porque es muy fácil para la carne pasarlo por alto. Es la tendencia propia de la naturaleza caída rechazar la manifestación de la autoridad divina a través de otros hombres que no tienen una "posición" o un título especial.

JUICIO ESPIRITUAL

En la actualidad, en esta Tierra, Dios está limitado a expresar Su autoridad usando seres imperfectos. En consecuencia, es muy fácil que la mente humana examine a la persona en lugar del origen del mensaje. Es bastante natural para algunos actuar como Datán y Abiram y ver a los demás solo con los ojos de la carne. Al no tener una visión espiritual, evalúan de acuerdo con aspectos superficiales. Encuentran alguna falla en el canal y pasan por alto lo que fluye por él. Eligen un defecto real o imaginario en

la persona que Dios está usando y, luego, se basan en esto para no obedecer ni someterse.

Hacer esto es un error trágico. El que lo cometa, se someterá a un juicio espiritual. Esto no se debe a que se negaron a escuchar la opinión de su hermano o a tener en cuenta las ideas de otro. El juicio espiritual ocurre si se rechaza la voz de Dios cuando manifiesta Su voluntad usando uno de Sus canales.

Si rechazamos la voz del Señor cuando nos habla usando a otras personas, habrá consecuencias. La rebelión contra nuestro Rey siempre dará como resultado un cierto grado de oscuridad espiritual. Por lo general, producirá en las partes afectadas una clase de experiencia sin dirección, errante e insatisfecha similar a la de aquellos que se negaron a entrar a la tierra de Canaán.

Estas personas tienden a estancarse espiritualmente y a no lograr nada para el Señor. Algunos afirman estar buscando la experiencia o el grupo cristiano perfectos, pero nada satisface sus expectativas.

No pueden encontrar el reposo del Señor. A menudo, estas son personas que tienen problemas para someterse ante cualquier otro y, por lo tanto, siguen buscando un poco de dirección personal e independiente para sus vidas.

Lo que no logran entender es que solo pueden encontrar satisfacción si se someten al liderazgo que Dios ya les está dando a través de otros. Dado que sus dones y sus funciones en el Cuerpo no están en el área del liderazgo, les resulta imposible encontrar su lugar sin someterse a la dirección de Dios por medio de aquellos a quienes Él está hablando.

Dios nunca cambia. Su actitud hacia la rebelión hoy es igual a la de los tiempos del Antiguo Testamento. Aunque los juicios que los rebeldes de la era de Moisés experimentaron probablemente no se repetirán de forma exacta, sin duda, son un ejemplo para alertarnos de los efectos espirituales que produce nuestra propia rebelión.

Por ejemplo, cuando rechazamos lo que nos dice Jesús en áreas que necesitan cambios, estas debilidades se quedan sin transformar. Con el paso del tiempo, los efectos adversos de estos

problemas se pueden volver tan graves que el suelo espiritual ceda bajo nosotros y nuestros pecados nos consuman por completo.

UNA CONSIDERACIÓN FINAL

Esto nos lleva a nuestra última consideración, que es la siguiente: ¿Qué podemos hacer para evitar este grave error? ¿Cómo podemos asegurarnos de que escuchemos la voz de Dios cuando habla a través de nuestros hermanos? La única respuesta es que debemos someternos realmente a Dios. En nuestros corazones, tenemos que estar dispuestos a escuchar Su voz y obedecerlo. Si realmente deseamos Su voluntad, podemos recibirla sin importar qué instrumento utilice para transmitirla.

Si realmente queremos obedecerlo y hemos establecido una relación de sumisión con Él, reconoceremos Su hablar, aunque venga del miembro más pequeño y menos estimado del Cuerpo.

Sus ovejas “oirán Su voz” (Jn 10:27). Esto no es algo que se desarrolle en un instante, sino una experiencia cada vez más profunda a medida que nuestra relación con el Señor crezca. Nuestra creciente sumisión a Dios es una verdadera evidencia de madurez y crecimiento espiritual.

Ninguna cantidad de enseñanzas puede reemplazar este tipo de relación. Presionar a los creyentes rebeldes a “someterse” a los líderes no tendrá un efecto real en sus problemas. Insistir en que las personas insubordinadas se muevan en cierta dirección, aunque sea la correcta, no puede producir resultados espirituales.

Todo lo que esto puede crear es hipócritas cuyos corazones no tengan una buena relación con Dios. No existe un sustituto real para el hecho de que los creyentes se humillen de verdad ante Dios, rechacen los instintos rebeldes que surjan dentro de ellos y se sometan bajo la poderosa mano de Dios (1 Pe 5:6).

La gran necesidad de este momento es permitir que Jesús establezca Su reino en nuestros corazones. Algún día, pronto, Su autoridad se establecerá físicamente en este planeta. No obstante, como preparación para este evento trascendental, es necesario que Él establezca Su Reino —Su autoridad celestial— firmemente dentro de nosotros.

Es esencial que aquellos que afirman que Lo aman también Lo obedezcan. Todos, bajo la luz de Dios y de Su palabra, debemos examinarnos a fondo y, luego, rendirnos a Su control en cualquier área de nuestras vidas que esté en rebelión. Debemos coronarlo como Rey en nuestras vidas.

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

3.

LA ZARZA ARDIENTE

*N*uestro Dios es infinito y eterno. Él conoce todo el futuro, así como el pasado. Él no solo entiende el principio y el final de todo; la Biblia nos enseña que Él *es* el principio y el fin. La existencia de Dios va más allá y está por encima de lo que llamamos “tiempo”. El tiempo es solo una parte de Su creación. Debido a que somos seres finitos y, por lo tanto, limitados por el tiempo, se nos dificulta entender el concepto de que hay un Ser Eterno, un Ser que no está confinado al tiempo. Aun así, es la más pura verdad. Dios simplemente “es”. Y Su existencia trasciende tanto el tiempo como el espacio.

Como resultado, nada de lo que Dios hace es accidental. Su obra no se hizo ni se está haciendo por un impulso momentáneo cuando alguna idea repentina surge en Su mente. Al contrario, todo lo que Dios hace fue planeado “hace mucho tiempo” desde el punto de vista humano. Todas Sus actividades están encaminadas al cumplimiento de las metas que determinó desde el principio. Nada de lo que sucede, ya sea una ayuda o un obstáculo para Sus propósitos, es una sorpresa para Él. Dios conoció con anterioridad cada circunstancia y, en Su infinita sabiduría, planeó una manera de cumplir Su voluntad a través de ellas.

Con eso en mente, veamos juntos la vida de un hombre de Dios muy especial. Sin duda, mucho antes de que él naciera, Dios eligió a Moisés como un instrumento para realizar una obra grande y poderosa en Su nombre. No fue seleccionado precipitadamente solo porque estaba en el lugar correcto en el momento

correcto, sino porque era parte de un propósito eterno e incomprendible. El Todopoderoso no solo conocía a Moisés de antemano y lo escogió, sino que también planeó una manera de prepararlo para su futura misión.

Poco después de su nacimiento (creo que todos han leído la historia), sacaron a Moisés de su escondite en el río y lo llevaron directamente a la casa del faraón. Allí, recibió educación y formación sobre las costumbres y formas de la corte real (He 7:22). Todo esto era parte del propósito de Dios de preparar a Moisés para la obra venidera.

Supongo que es teóricamente posible que algún pastor, que ha pasado toda su vida en el desierto, entrara en presencia del faraón y tratara con él como lo hizo Moisés. Sin embargo, Moisés no era solo un pastor común. Fue un hombre preparado por Dios para una obra extraordinaria.

Como preparación para su llamado, nuestro Dios proporcionó una educación muy inusual. En consecuencia, cuando llegó el momento, estaba calificado para comportarse con seguridad en la corte del faraón entre los poderosos de esas tierras y cumplir la tarea del Altísimo.

Moisés no solo fue preparado por Dios, también fue llamado por Él para la obra para la cual estaba predestinado. No sabemos, exactamente, cuándo comenzó Moisés a entender este llamado, pero está claro que, a la edad de 40 años, ya sabía algo al respecto. Es probable que todavía no sospechara la totalidad del propósito de Dios, pero parecía entender que había sido escogido por el Señor para libertar a Su pueblo.

En Hechos 7:25 leemos: “Él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya”. Es evidente que, al ser conocedor de este hecho, supuso erróneamente que ellos también lo entenderían. Ellos, sin embargo, no entendieron. Aún no era el tiempo de Dios, y toda Su obra de preparación aún no había terminado.

El comportamiento de Moisés reflejaba que su comprensión del propósito de Dios era incompleta. Debe haber visto la situación con ojos terrenales. Ver a sus propios hermanos esclavizados

y siendo tan maltratados, probablemente, incitó en él sentimientos muy fuertes. Su continua y severa opresión debe haber tenido un gran impacto en él. Seguramente, lo consumió la idea de hacer el trabajo que Dios le había destinado.

La posición de poder y autoridad a la que había llegado, su fuerza y su sabiduría propias, y las habilidades innatas de liderazgo que poseía lo convencieron de que podía y debía comenzar a tomar medidas para cumplir el llamado de Dios. Entonces, cuando se presentó la oportunidad, la aprovechó, matando al egipcio y escondiéndolo en la arena.

¡Qué poderosa liberación realizó! Un opresor asesinado y un israelita libertado temporalmente. Con toda su preparación y sus talentos naturales, eso era todo lo que podía hacer. Sin duda, el deseo de ver al pueblo de Dios libre ardía dentro de Moisés. Estaba haciendo todo lo posible para hacer el trabajo para el que había sido llamado.

Sin embargo, los resultados fueron lamentables. El pueblo de Dios no fue libertado, no entendía lo que Moisés estaba tratando de hacer, y él mismo tuvo que proteger su vida huyendo al desierto. Aunque fue llamado por Dios para hacer esta obra, lo que pudo producir con su propia fervor fue un fracaso.

Los siguientes 40 años de su vida, Moisés los pasó cuidando ovejas. Aunque no lo sabía, este también fue un período de preparación de Dios. Después de tanto tiempo, ya había renunciado a la idea de ejecutar cualquier tipo de liberación. El ardiente deseo que había tenido una vez de libertar a su propio pueblo ahora era un recuerdo lejano.

Moisés se había vuelto más viejo y sabio. La fuerza natural que una vez había emanado de su ser se había debilitado, y los dones y talentos que había adquirido en Egipto no se habían utilizado durante años.

Esto también fue parte de la obra de Dios. Fue la ruptura de lo que era natural en Moisés (el regreso al polvo de sus fuerzas y habilidades humanas) para que Dios pudiera ser el único que se manifestara a través de él. A los ojos de Moisés, todo había terminado; pero, a los ojos de Dios, era solo el comienzo.

UN TIPO DIFERENTE DE FUEGO

Cuando Moisés tenía unos 80 años, Dios se le apareció de una manera inusual. Mientras iba con sus ovejas, notó una zarza que se estaba quemando; pero había algo extraño en el fuego de ese arbusto. Aunque ardía intensamente, la zarza no se consumía. No había nada natural en ese fuego. No estaba consumiendo los elementos terrenales del arbusto. Es muy posible que las hojas de la zarza hayan permanecido verdes. Ese fuego se alimentaba con algo sobrenatural. ¡Era el fuego de Dios!

Cuando Moisés se volvió para ver esta maravilla, una voz le habló. La voz le informó firmemente que el fuego celestial había santificado ese lugar y que no había lugar para espectadores. En reacción a esto, Moisés ocultó su rostro. El temor de Dios estaba sobre él y no podía ni siquiera satisfacer su curiosidad normal. Algo se había roto dentro de él y ya no podía ni quería actuar de una manera humana natural. Moisés se había vuelto “muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Nm 12:3).

Así fue como el Dios Altísimo completó Su llamado a la vida de Moisés: a través de la zarza ardiente. Mediante ella, recibió la revelación más importante. Ciertamente, Moisés iba arder por Dios, pero no con su propia fuerza. Iba a tener un gran fervor por la liberación del pueblo de Dios, pero era un celo que no provenía de él mismo. Iba a ejecutar una gran liberación, pero no era algo que él había planeado. Dios lo iba a usar de una manera en que ningún otro ser humano había sido usado antes; sin embargo, no usaría su propio fervor o celo, sino el fuego celestial operando a través de él.

UN REQUISITO PREVIO NECESARIO

Aquí hay una verdad esencial sobre la autoridad espiritual genuina. Antes de que Dios pueda usar grandemente a cualquiera para canalizar Su autoridad, la persona debe haber sido quebrantada. Es necesario primero que ocurra una obra sobrenatural en la persona para que ya no esté “completa”. Es necesario que Dios la quebrante.

Cuando este proceso termina, la persona ya no es capaz de usar sus talentos y habilidades naturales para servir a Dios. Ya no estará planeando la liberación de Su pueblo. Su propia capacidad de liderazgo le habrá fallado y, a menos que Alguien más poderoso se mueva, esa persona no se moverá en absoluto.

Una vez que un hijo de Dios alcanza esa posición, está listo para una gran obra. Es a partir de este punto que puede ser realmente útil para Dios. Cuando su confianza en sus propios dones, su personalidad, sus conocimientos y sus habilidades desaparezcan total y completamente, entonces, y solo entonces, estará calificado para ser usado de una manera poderosa para manifestar la verdadera autoridad espiritual.

Moisés no fue el único quien tuvo que pasar por esta experiencia; todos aquellos que han sido usados por Dios también han conocido Su mano quebrantadora en sus vidas. Haga una pausa por un momento y considere cuidadosamente la historia de algunas otras figuras bíblicas.

Lea la historia de José y vea cuánto sufrimiento tuvo que soportar antes de estar listo para un gran liderazgo. Recuerde a Abraham, quien recibió tremendas promesas. Como no veían que se cumplían, él y Sara planearon cumplir la Palabra de Dios por su cuenta. El desastre de esa decisión permanece con nosotros hasta el día de hoy. Sin embargo, después de muchos años de tratos con Dios, cuando él y su esposa ya habían agotado sus propias capacidades, vieron la revelación del poder de Dios.

Repase la historia de Jacob el “usurpador”, el maquinador, el que siempre estaba tramando una manera de resultar beneficiado. Incluso estaba dispuesto a luchar con el ángel hasta que fue tocado en su muslo. La parte más fuerte de su cuerpo se dislocó sobrenaturalmente, y Jacob nunca volvió a ser el mismo. Después de eso, ya no pudo caminar como antes. Algo había cambiado de forma permanente. Fue entonces cuando su nombre cambió de Jacob el “usurpador” a Israel el “Príncipe de Dios”.

Incluso el rey David no se volvió poderoso de repente. Dios lo preparó durante años mientras cuidaba las ovejas y, luego, durante sus experiencias con Saúl. Después, fue muy útil para

que Dios sometiera a Sus enemigos. Imagínese la tristeza y el quebrantamiento que Noemi y Rut tuvieron que soportar antes de ver la victoria. Estos y muchos otros tuvieron que pasar por la experiencia de la “zarza ardiente”. Para que estos hombres y mujeres naturales y terrenales se transformaran en seres espirituales, era necesario que la mano de Dios quebrantara sus fuerzas propias.

LA EXPERIENCIA CON EL NUEVO PACTO

Esto es cierto no solo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo Pacto. De hecho, creo que esta experiencia puede ser incluso más importante para los que han nacido de nuevo que para los hombres de Dios en el Antiguo Testamento. Todas las cosas que se escribieron acerca de ellos, en realidad, se escribieron para nosotros, para que recibiéramos enseñanza divina por medio de ellos (Ro 15:4).

Quizás Pablo el apóstol sea quien nos brinda el mejor ejemplo de tales tratos de Dios en el Nuevo Testamento. Antes de su conversión, indudablemente, estaba muy seguro de sí mismo. Era “el fariseo de los fariseos”, un hombre judío culto y bien educado, “extremadamente devoto” por las cosas de Dios. En sus propios esfuerzos de todo corazón por servir a Jehová, incluso comenzó a perseguir a la Iglesia.

Fue entonces cuando, un día, se encontró con la Luz en el camino. Esa experiencia lo derribó al suelo, literalmente. Poco después del incidente, encontramos a Pablo en las sinagogas debatiendo con los jefes religiosos y predicando las buenas nuevas que había recibido.

Sin embargo, eso fue solo el comienzo. Dios quería mucho más de este hombre que prevalecer en algunos debates sobre religión. Tenía un ministerio mucho más amplio en mente.

Poco después de su conversión, Pablo casi desaparece del registro bíblico. Después de su experiencia inicial con Cristo, no se supo más de él hasta que Bernabé va a Tarso a buscarlo. ¿Dónde estuvo? ¿Qué había estado haciendo? Evidentemente, él no estuvo haciendo nada de gran importancia, pero Dios estaba haciendo algo en él.

Durante ese período, Pablo pasó algunos años en Arabia (Ga 1:17), tal vez en el desierto. No se sabe con certeza cuánto tiempo estuvo allí ni qué experiencias vivió. Solo sabemos que, cuando reapareció en la escena de la Iglesia, ya no era el mismo hombre. Ya no estaba lleno de su brío propio; ahora era alguien útil para la manifestación de Dios a Su pueblo. Ahora Pablo decía cosas como: “para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Co 1:9) y “porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co 12:10).

El fuerte “Saulo” se convirtió en Pablo, y esto definió el carácter de su ministerio a partir de entonces. Él describió su posición en una congregación diciendo: “Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor” (1 Co 2:3). No es que el ministerio de Pablo fuera débil, ciertamente no lo era, pero se sentía débil. Ya no confiaba en su fuerza y su celo propios para cumplir la voluntad de Dios. El vigor de su propia vida se había quebrantado. Sabía que lo que era y lo que tenía como ser humano solo sería útil cuando lo moviera la fuerza de Dios.

Entonces, un hombre autosuficiente que fue transformado para depender del poder de Alguien mayor se convirtió en, quizás, el cristiano más fructífero de todos los tiempos. Se convirtió en un canal de poder, revelación y autoridad divinos. No solo le ministró a Jesús a muchos en sus días; incluso hoy, su ministerio da frutos a lo largo de las páginas del Nuevo Testamento.

UN PROBLEMA EN LA IGLESIA

Hoy, en la Iglesia cristiana, hay un problema muy común. Hombres, mujeres y jóvenes nacen de nuevo, reciben dones, son llamados por Dios y son ungidos para la obra del ministerio. Sus dones son reales y su llamado es genuino, pero la obra de preparación de Dios en sus vidas no está completa.

Por razones que examinaremos en breve, hermanos muy talentosos son frecuentemente colocados en posiciones de autoridad para las cuales no están preparados. Debido a que no están capacitados por la obra del Espíritu Santo, no tienen otra alternativa que actuar como hombres naturales.

Cuando tal autoridad terrenal se introduce en la Iglesia, interrumpe el fluir de la autoridad divina, que es esencial para el funcionamiento adecuado del Cuerpo, y mancha la obra de Dios. Este tipo de autoridad trae un elemento natural, humano, que no puede producir nada espiritual y se convierte simplemente en un obstáculo.

No malinterpreten esto. Los jóvenes cristianos pueden mostrar algún grado de autoridad espiritual. Mientras operan en la esfera del ministerio que el Espíritu Santo les abre, no hay problema. Por supuesto que esta esfera es pequeña al principio, y crece a medida que aumentan sus habilidades y su sensibilidad a Dios. Sin embargo, a medida que comienzan a trabajar en el Cuerpo de Cristo, es común que alcancen una posición en que comienzan a ejercer una autoridad que va más allá de su capacidad y, en consecuencia, caigan en la trampa del diablo (1 Tim 3:6).

Este problema parece desarrollarse de dos maneras. La primera es algo como esto: los nuevos convertidos son, a menudo, muy devotos y tienen una enorme energía para gastar en las cosas de Dios. Los otros hermanos no pueden dejar de notar los dones, la unción y la habilidad de liderazgo que operan en estas personas.

Como hemos visto desde los capítulos anteriores, los hombres naturales, frecuentemente, desean una autoridad terrenal, un "rey". Les gusta tener a alguien que luche las batallas, se ocupe de los problemas, descubra la dirección de Dios y otras cosas similares.

Entonces, cuando ven a aquellos que están llenos de energía, a los que Dios está usando y que tienen dones espirituales verdaderos, generalmente los empujan al frente de la Iglesia. Los convierten en líderes de alabanza, pastores, diáconos, etc. A menudo, los elevan por encima de su capacidad espiritual y los colocan en "posiciones" de autoridad en la Iglesia, de las cuales hemos hablado anteriormente.

Por supuesto que estos recién convertidos no tienen la sabiduría y la madurez para evitar caer en esta trampa. Creen, sinceramente, que quienes los empujan deben saber qué es lo correcto. Como están ansiosos, así como lo estuvo Moisés, por servir a

Dios y hacer Su voluntad, permiten que los hombres los coloquen en esas posiciones.

Sin embargo, este es un grave error. Es imposible que estas personas actúen correctamente de acuerdo con el Espíritu. Simplemente no tienen la preparación divina. Su sensibilidad espiritual a Dios y su desconfianza en sus propias habilidades todavía no se han establecido por completo. Esto, entonces, los lleva a no tener más remedio que actuar naturalmente, confiando en su propia capacidad. Este tipo de inyección de autoridad terrenal es lo que daña tan rápidamente a la Iglesia. Si estas personas tienen una personalidad fuerte y mucha energía, pueden parecer tener éxito en lo que están haciendo, al menos por el momento. Tal vez otros aplaudan sus logros. Tal vez su influencia se expanda y el “ministerio” crezca muy rápidamente. En poco tiempo, incluso podrían liderar una gran organización religiosa y atraer muchos miembros nuevos.

Sin embargo, nuestro Dios comprende profundamente la verdadera sustancia espiritual de todas nuestras obras. Él rechaza todo lo que hacemos por nuestro esfuerzo y nuestro brío propios. Tales cosas terrenales serán quemadas en el trono del juicio de Cristo. La madera, el heno y la hojarasca no sobrevivirán el fuego en ese día (1 Co 3:12).

También es posible que Dios tenga misericordia de estos jóvenes reclutas y permita que su trabajo fracase y perezca. Lo hace con mucho amor para que no se enreden por completo en su error. Anhela verlos quebrantados ante Su presencia. Sin embargo, muchos de estos individuos no comprenden esta obra ni perciben la mano de Dios en sus derrotas. No entienden cómo Dios pudo “abandonarlos” cuando estaban trabajando tan duro para Él.

En consecuencia, se amargan y se desilusionan. Su fe naufraga. Para muchos de estos hermanos, lo que ven a otros cristianos hacer a su alrededor es su única dirección. Según su percepción, no han tenido éxito y, a menudo, creen que Dios los ha abandonado. Para algunos, parece difícil cambiar este concepto. Incluso abandonan por completo el servicio a Dios, o insisten en usar métodos cada vez más humanos para obtener los resultados que aprendieron a esperar.

La segunda razón por la que los creyentes jóvenes a menudo alcanzan posiciones de autoridad terrenal (una razón que, en general, funciona en conjunto con la mencionada antes) es que ellos mismos las buscan. Suelen ser personas naturalmente fuertes e, incluso antes de su conversión, solían confiar en sus propias habilidades. Entonces, cuando vienen a la Iglesia, Dios aún no ha tenido tiempo de revertir esta situación. Dado que son talentosos, ambiciosos e, incluso, llamados por Dios, estos hombres y mujeres, naturalmente, se elevan a la cumbre en cualquier situación.

A menos que haya cristianos más viejos y maduros presentes que experimentaron la mano quebrantadora de Dios en sus vidas y puedan aconsejar y guiar a estos jóvenes, es casi inevitable que ellos tomen la autoridad divina en sus propias manos. Estos cristianos, por la fuerza natural, se elevan por encima de su esfera espiritual y se convierten en líderes. Esto no solo se convierte en un serio obstáculo en la Iglesia, sino que, con el tiempo, provocará un grave impacto negativo contra la persona que se impuso así.

A algunos hombres les gusta ejercer autoridad sobre otros. Su ego se alimenta de solo pensar que pueden controlar a un gran número de personas. Después de que se convierten y se llenan del Espíritu Santo, comienzan a ver que Dios los usa de muchas maneras, tal vez incluso con milagros.

De repente, resulta muy fácil impresionar a otras personas y atraer seguidores. Sus dones espirituales solo sirven para “adornar” sus talentos y habilidades humanos. A menos que este tipo de personalidad natural sea humillada y sometida por Dios, estas personas automáticamente tomarán todo el poder que puedan.

La Iglesia actual está llena de tales líderes. Algunos luchan por ver en cuántas personas pueden influir. Alardean a quien quiera oír sobre cuántas “iglesias” están “bajo” su ministerio, sobre cuántos “grupos familiares” tienen o cuántos miembros nuevos han podido reclutar.

A menudo, tales personas encuentran una manera de excluir de sus iglesias a otros que están siendo preparados y usados por Dios,, o cualquiera que parezca ser una amenaza para su autoridad.

Como su autoridad tiene una base humana, solo la pueden defender por medios humanos. En estas situaciones se evidencian contiendas, orgullo, celos y muchas otras cosas. Este tipo de "autoridad" es repugnante para todo aquel que tiene ojos verdaderamente espirituales. Estos cristianos han caído en la trampa del diablo.

El ejercicio de autoridad en la Iglesia de Cristo es algo muy profundo. No es algo que podamos tomar a la ligera. No estamos hablando de una organización o un negocio terrenal. El hecho de que alguien tenga la "capacidad de liderar" en el mundo no lo califica en absoluto para hacer nada en la Iglesia.

¡Cómo necesitamos examinar este asunto con el temor de Dios! ¡Cómo nosotros, los hombres, necesitamos arrepentirnos de reemplazar la autoridad de Dios por la nuestra! Lo que se supone que debemos construir es algo eterno, algo de sustancia celestial. Necesitamos tomarnos esta responsabilidad muy en serio y concentrarnos en ejercer la autoridad con temor y recelo de corromper la obra de Cristo. El mal uso y la mala interpretación de la autoridad de Dios son algunas de las razones principales por las que la Iglesia, en conjunto, se encuentra en un nivel tan bajo de espiritualidad y aún no ha cumplido su misión para con el mundo.

LOS SIERVOS DE DIOS NECESITAN PREPARACIÓN

Durante el ministerio de Jesús, Él les enseñó a sus discípulos muchas cosas. Uno de sus métodos de enseñanza era darles parábolas o ejemplos. En cierta ocasión, los doce notaron que las personas a las que Jesús les ministraba tenían hambre. El día ya estaba terminando y no tenían nada para comer.

Jesús aprovechó esta oportunidad para mostrarles algo profundo. Su respuesta al problema fue decirles a los discípulos que ellos mismos deberían solucionarlo. Replicaron algo como: "Pero solo tenemos un poco de comida (cinco panes y dos pescados). ¿Qué podemos hacer con eso?".

Jesús les estaba pidiendo que realizaran una tarea enorme y ellos consiguieron reconocer que, por su capacidad natural, aquello sería imposible. Sin embargo, Él tomó en Sus manos lo que

tenían y lo partió. El pan crujió y debieron caer migas por todos lados. Puedo imaginar el asombro de ellos. Cuando Jesús terminó, había más que suficiente para todos.

Entonces, así es como Dios trabaja con sus seguidores. Su instrucción para nosotros es que debemos ministrarlo a Él a las multitudes, pero lo que tenemos, como hombres naturales, no es suficiente para la obra. Incluso con nuestros dones divinos, solo seremos capaces de ministrar a unas pocas personas al principio. Nuestros pocos panes y pescados nunca podrán resolver las mayores necesidades hasta que sean partidos por las manos del Salvador.

Dios necesita realizar una obra de quebrantamiento en nuestras vidas. Para que seamos usados poderosamente, como canales de autoridad sobrenatural, no hay otra manera. Nuestra fuerza natural debe destruirse y nuestra esencia debe fracturarse irreparablemente. Entonces, y solo entonces, estaremos calificados para que Dios nos use en una mayor medida.

Inicialmente, Dios puede trabajar para quebrantarnos. Quizás, después de un tratamiento doloroso y riguroso, sintamos que lo que somos se ha quebrado y nunca volveremos a estar completos. Sin embargo, Él no se detendrá ahí. Luego, si estamos dispuestos, Él continuará quebrantándonos hasta que solo queden pedazos pequeños y no haya posibilidad de reparación.

Entonces, si todavía permanecemos sumisos a Él, es probable que nuestro Maestro junte esos pedazos en Sus manos amorosas y los ponga en Su molino. Allí, Él nos molerá, hasta convertirnos en harina.

Puede ser que, tras el primer proceso de molienda, la harina todavía esté un poco gruesa. Entonces, puede que Él tenga que molerla una vez más... tal vez dos o tres veces. Cuando nuestra harina esté totalmente fina, tan suave como la seda, Él derramará Su aceite sobre el polvo y los mezclará. Solo entonces, estaremos listos para ser ofrecidos como una oferta santa sobre el altar (Lv 2:1). Dios puede usar en gran medida a hombres y mujeres que estén preparados así para expresarse a Sí mismo al mundo.

¿Eso parece severo? ¿Parece difícil? ¡Lo es! Para ninguno de los verdaderos siervos del Señor las cosas fueron fáciles.

Morir nunca es agradable, pero es el único camino. La eliminación de nuestra fuerza natural es la única posibilidad. Si no nos conmovemos profundamente de esta manera, aunque estemos haciendo nuestro mejor esfuerzo por hacer lo correcto, nuestra carne se expresará. A menudo, no nos damos cuenta cuando eso sucede. Nuestra inmadurez espiritual nos impide ver la impresión que dejan nuestras actitudes en los demás y en el mundo espiritual.

A menudo, no somos conscientes de la intensidad de nuestra propia fuerza o de la maldad que acecha dentro de nosotros. Como resultado, no tenemos idea de cuánto necesitamos ser quebrantados por la mano de Dios. Sin embargo, nuestro Señor nos conoce íntimamente y ve con claridad las áreas de nuestras vidas que necesitan transformación. Por eso, la existencia del "ego" debe morir. Mientras permanezca vivo, siempre se manifestará y manchará la obra de Dios.

Todos aquellos que Dios usará en gran medida experimentarán tiempos oscuros, difíciles y dolorosos. No es que Jesús esté enojado con nosotros, o que hayamos pecado contra Él de alguna manera. No, estas experiencias son para aquellos que Él ama especialmente. Son tiempos de prueba para aquellos que escoge como canales de Su poder y Su autoridad.

No hay duda de que tales personas encontrarán momentos y situaciones que los harán pensar que no pueden continuar. Quizás crean que no podrán soportar las dificultades y el dolor que están experimentando por un minuto más. Quizás no puedan encontrar una salida.

Sin embargo, Dios les dará suficiente gracia para sobrevivir. Durante cada momento de oscuridad y confusión, Él estará allí para ayudarlos. Mientras estén esperando que el Señor los libere de su situación, Jesús los librará de sí mismos *mediante* la situación. De hecho, es probable que Él permita que estas circunstancias los lleven a un lugar donde Él pueda completar Su obra quebrantadora en ellos.

No pensemos, cuando lleguen esos tiempos, que Dios nos ha abandonado. ¡Todo lo contrario! Estas experiencias son, de hecho, manifestaciones del amor de Dios. Él está preparando a Sus

siervos para que le sean infinitamente útiles. No hay otra manera. Si la vida natural persiste, siempre será un obstáculo y un problema.

Pablo el apóstol parece estar describiendo uno de estos períodos de prueba cuando escribe: "que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Co 4:8-11). El hecho de que Él mismo haya experimentado tales cosas debería ser una fuente de gran consuelo para nosotros.

Queridos amigos, por favor, tengan en cuenta que esta no es una obra que puedan hacer ustedes mismos. El quebrantamiento de la fuerza natural y terrenal no es algo que el hombre natural pueda hacer. Solo Dios puede hacer este trabajo en una persona, y lo hace a Su manera y en Su tiempo. Todo lo que podemos hacer es rendirnos ante Él por completo, sin contenernos de ninguna forma, y darle permiso para hacer lo que Él quiera en nuestras vidas.

La experiencia del quebrantamiento lleva tiempo. No hay nada que reemplace los años de preparación en manos del Alfarero. Sin embargo, la duración de este proceso no es igual para todos.

Con algunos, Dios puede hacer esta obra gradualmente, a lo largo de los años y, de la misma manera, el ejercicio de la autoridad divina también se expandiría lentamente. Con otros, es posible que el Maestro considere apropiado elegir un período específico de su experiencia en el que haga una obra de quebrantamiento drástico.

Cuando eso sucede, todos alrededor de la persona notarán un tremendo y rápido cambio de carácter y personalidad. Probablemente, poco después de eso, Dios comenzará a usarla de una manera mucho más poderosa. Sin embargo, aunque Él opere en nuestras vidas, Él es quien escoge y hace. Nuestra responsabilidad es, simplemente, obedecerlo.

Estas, entonces, son las calificaciones para canalizar la autoridad sobrenatural: ser llamado, ungido y preparado por Dios. Ninguno de estos elementos puede pasarse por alto. No hay duda de que Dios quiere usar los dones que nos ha dado y, también, de alguna manera, las habilidades naturales con las que nos ha equipado después de quebrantar la fuerza natural que hay en ellas.

Sin embargo, ninguna de estas cosas será de mucha utilidad para Él hasta que nuestras fuerzas sean quebrantadas y Él tenga el control total. Algunas de las cosas que podríamos considerar como nuestras cualidades más importantes son, en realidad, de menor utilidad para Él debido a la fuerza humana que aún reside en ellas. Es en las áreas donde somos débiles donde Su poder puede fluir con más frecuencia. Mientras todavía estemos “completos”, no seremos de mucha utilidad para Dios.

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

4.

LA FORMA DE UN SIERVO

En este libro, hemos hablado de la autoridad espiritual. Juntos, examinamos los dos tipos de autoridad que se encuentran en la Tierra actualmente, es decir, la autoridad jerárquica, “delegada” o “posicional”, y la autoridad espiritual, “canalizada”. Investigamos la necesidad de poder reconocer la autoridad espiritual genuina y distinguirla de la autoridad terrenal. También vimos cómo Dios prepara a Sus siervos y, luego, se manifiesta a la Iglesia a través de ellos.

Con todo esto en mente, surge una pregunta particularmente importante sobre la autoridad. ¿Cuáles son los motivos de una persona para ejercer la autoridad? Cuando alguien actúa o habla con autoridad, inevitablemente, tiene un propósito detrás de lo que está haciendo. Además, estos motivos revelan claramente la fuente de tal autoridad.

Por ejemplo, cuando los impulsos provienen de Dios, la autoridad es Suya. Él es el que se revela a Sí mismo. Por otro lado, cuando existe un deseo de dominar, de parecer ser “alguien”, de que lo vean y escuchen, etc., ciertamente, hay ambiciones egoístas. En consecuencia, comprender las motivaciones ocultas en la autoridad que se demuestra, ya sea que venga de nosotros mismos o de otros, puede ser una herramienta valiosa para comprender la fuente de dicha autoridad.

Recordemos que los pensamientos y las intenciones del corazón humano (especialmente el nuestro) son, a menudo, difíciles de percibir. Por lo tanto, es muy necesario abrir nuestro

corazón sinceramente a la luz del Espíritu Santo y humillarnos ante Él mientras escudriñamos las Escrituras juntos.

Dado que nuestro Señor Jesucristo fue el ejemplo supremo de verdadera autoridad espiritual, echemos un vistazo a Su vida y Sus enseñanzas. Cuando Jesús caminó por la Tierra con Sus discípulos, pasó gran parte de Su tiempo enseñándoles. Sus métodos de enseñanza fueron variados y únicos. Era común que los instruyera no solo con palabras, sino también con parábolas.

Fue justo antes de la culminación de Su obra en la Tierra, mientras estaban reunidos para lo que llamamos “la última cena”, que Jesús decidió hacerles una poderosa demostración de autoridad. El momento escogido para este acto, el verdadero clímax de Su ministerio, evidencia la tremenda importancia que le atribuyó al asunto.

Mientras comían juntos, Jesús se levantó de la mesa, se quitó la ropa exterior y se ciñó con una toalla. Vestía como un sirviente. Entonces, procedió a realizar la función del esclavo menos valioso: le lavó los pies a los discípulos. Aquí, Dios encarnado, el Creador del Universo, Aquel que tenía el derecho de ejercer toda autoridad estaba actuando como un sirviente privado.

Sin duda, estaba tratando de transmitir un mensaje muy importante. Estaba señalando, lo más enfáticamente posible, la verdadera actitud y posición de aquellos que ejercen autoridad y liderazgo espiritual. Tomando esta actitud, dijo: “Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros, porque ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Jn 13:13-15). Luego, concluye Su mensaje diciendo: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis” (v. 17).

Esto, por lo tanto, nos revela la motivación bíblica de la verdadera autoridad espiritual. Aquellos que son usados por Dios para transmitir Su autoridad deben ser siervos. Su actitud y disposición no es establecerse a sí mismos como “algo”, es decir, jefes y señores, sino tomar la posición más baja. Deben usar sus dones divinos para servir a los demás, en lugar de elevarse a sí mismos o

desarrollar su propio “reino” o “ministerio”. Las acciones de Jesús son mucho más que el fundamento de una nueva ceremonia de lavado de pies en la Iglesia. Aquí, nuestro divino Maestro nos ha mostrado un tremendo principio que gobierna *todo* el ejercicio de autoridad espiritual entre Su pueblo.

¿Qué significa esto en la práctica? Significa que, cuando Dios comienza a usar a alguien como canal para Su autoridad y, en consecuencia, ese alguien comienza a elevarse a los ojos de otras personas, él mismo no tiene interés de elevarse de este modo. Su corazón no se enfoca en sí mismo ni en algún tipo de “posición”, reconocimiento o fama, sino más bien en servir a los demás.

Dios lo ha hecho humilde, por lo que, en todo el sentido de la palabra, se ha convertido en un siervo. La ambición de su vida ya no es convertirse en “algo” en la Iglesia, sino levantar a otros para que sean lo que Dios quiere que sean. El “ego” ya no es la motivación. Más bien, el bien de los demás se convierte en la fuerza dominante que gobierna sus acciones. Así es la persona que realmente entendió el mensaje de Dios y, por lo tanto, se volvió muy útil para Su reino. Por otro lado, si una persona no tiene esta actitud en su corazón, entonces no está verdaderamente calificada para el ministerio espiritual.

Aquellos que son realmente instrumentos de Dios no están tratando de “construir su propio ministerio”. Su motivación nunca es “construir una iglesia mayor que otras” o mantener a tantas personas bajo su influencia como sea posible. No están creando sus propios imperios o reinos usando el nombre de Jesús y la Palabra de Dios como un pretexto para vivir en beneficio de sí mismos.

Tampoco son personas a las que les gusta controlar a los demás y disfrutar del aire del “hombre o la mujer de Dios”. Son, simplemente, sirvientes que trabajan por el bien de los demás. Esta autoridad nunca es demasiado pesada ni demasiado exigente, porque quien la manifiesta no tiene la intención de aprovecharse personalmente de ella. Es una autoridad con una motivación completamente diferente a cualquier cosa humana. Este tipo de liderazgo solo puede venir de otra fuente. Revela el verdadero carácter de Dios.

“TÍTULOS” EN EL NUEVO TESTAMENTO

Los “títulos” que usa el Nuevo Testamento para describir a los siervos de Dios reflejan muy fuertemente la verdad descrita con anterioridad. En el texto original, la idea de hombres y mujeres reinando y gobernando sobre otros en la Iglesia no existe en absoluto.

Sin embargo, en muchos casos, el verdadero significado de la terminología se ha distorsionado mucho o se ha perdido en nuestra generación moderna.

Quizás el mejor ejemplo de este problema sea la palabra “ministro”. Hoy en día, el pensamiento común es que un “ministro” es alguien que “dirige” la iglesia. Esta persona tiene un título oficial, una posición religiosa, quizás también tiene adornos especiales que usa para distinguirse de los demás y, generalmente, es elevado por encima de los demás. Con frecuencia, se espera que los miembros les tengan un mayor grado de respeto, similar al que se le tendría a un dignatario político.

Sin embargo, la revelación en las Escrituras sobre lo que significa ser un “ministro” es muy diferente. En realidad, hay tres palabras griegas diferentes que se traducen como “ministro”. La primera es DIAKONOS, que significa “sirviente” o “asistente”. La segunda palabra, LEITOURGOS, se refiere a alguien que sirvió a las personas de una manera especial por su cuenta. La tercera palabra, HUPERTES, originalmente significaba “remador inferior”, que era una clase más baja de marinero. Sin duda, ninguno de esos marineros estaría al mando del navío. Más tarde, pasó a significar cualquier subordinado que actuara bajo la dirección de otro.

Algunas otras palabras que se relacionan con el pensamiento de servicio espiritual son: DOULOS, un esclavo cautivo; OIKETES, un siervo doméstico; MISTHOIS, un sirviente contratado; y PAIS, un niño siervo (definiciones del *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, por W. E. Vine).

Nada en ninguna de estas palabras sugiere el concepto que comúnmente encontramos en la Iglesia actual. Los siervos no les

dicen qué hacer a las personas a quienes están sirviendo. No son los que reinan y gobiernan sobre otros. Más bien, su función es ayudar a los demás sirviéndoles de manera humilde. En estos términos no hallamos la exaltación del “ego”, la elevación a los ojos del mundo ni alguna posición especial de respeto social. Encontramos justo lo opuesto de eso.

El uso de estos vocablos indica que esas personas se humillaron y se convirtieron en verdaderos siervos siguiendo el ejemplo de nuestro Señor Jesús a lo largo de Su vida (Flp 2:8). Con esta breve investigación, parece que la palabra “ministro” se ha vuelto tan mal utilizada en la Iglesia que, virtualmente, ha llegado a significar lo contrario de lo que significaba en la época de Jesús.

FUNCIONES DE SERVICIO

Creo que es hora de que todos nosotros reevaluemos seriamente nuestros conceptos sobre lo que Dios está tratando de transmitirnos en Su Palabra. Cuando se usan términos como “apóstol”, “profeta”, “pastor”, “anciano”, etc., ¿cuál es el pensamiento de nuestro Maestro detrás de ellos? Desde nuestro análisis previo, es obvio que no pueden ser títulos o etiquetas que signifiquen posiciones especiales de importancia en la Iglesia. Eso contradeciría directamente la enseñanza y el ejemplo claros de Jesús. Por lo tanto, debemos ir más allá, hasta que tengamos, a la luz de Dios, una revelación que esté en armonía con toda la Palabra.

En lugar de ser consideradas como títulos posicionales, estas palabras, como “pastor”, “apóstol” y “anciano”, podrían entenderse simplemente como descripciones de ciertas funciones de servicio en el Cuerpo de Cristo.

Quizás esto se ilustra mejor con el uso de analogías terrenales, ya que no tenemos prejuicios religiosos con respecto a ellas. Por ejemplo: Cualquiera puede pescar. Sin embargo, cuando alguien pesca con frecuencia y se vuelve aficionado a la pesca, podemos decir que es un “pescador”. Este no es su título o algún tipo de posición, sino una descripción de lo que él hace.

De manera similar, muchos pueden arreglar una tubería, pero cuando hacen este tipo de trabajo con regularidad y se vuelven capacitados en aquello que hacen, se les considera “plomeros”.

Este también es el caso en la Iglesia. Dios le ha asignado tareas especiales a cada uno. Hoy, podríamos llamarlas “ministerios”. Son áreas únicas de servicio a través de las cuales cuidamos del Cuerpo de Cristo. Cuando Dios usa con regularidad a alguien en el área de la profecía y se hace conocido mediante su ejercicio de este don, se le puede llamar profeta. Cuando alguien es enviado especialmente por Dios para establecer y mantener iglesias, se le conoce como apóstol, que significa “enviado”.

Cuando estas palabras, que ahora se consideran títulos o posiciones en la Iglesia, se ven como simples descripciones de funciones de servicio, todo conflicto con las enseñanzas de Jesús desaparece. En lugar de ser un medio para elevar a ciertos individuos talentosos por encima de otros, en realidad son un medio para describir qué *tipo* de siervos son estas personas. Esta idea es fuertemente justificada cuando verificamos cómo estas palabras *no* se usan en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, las Escrituras nunca usan la frase “el apóstol Pablo”, designando un título. Más bien, leemos: “Pablo el apóstol”, el siervo, alguien que fue enviado por Otro para realizar un servicio para Su Iglesia. Nunca encontramos el “anciano Pedro”, “el sacerdote Santiago” ni “el pastor Juan” en la Santa Biblia. En la mente de Dios hay algo completamente diferente de eso.

Estas diversas descripciones ministeriales no solo no se usan como títulos en el Nuevo Testamento; además, Jesús prohibió estrictamente el uso de títulos entre Sus seguidores. Cuando Él dijo: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra” (Mt 23:9), no se trataba simplemente de la prohibición del uso de una mera palabra. Era una instrucción clara contra la elevación de ciertos individuos a una posición prominente mediante el uso de un título. Jesús prohíbe estrictamente cualquier uso de un título entre el pueblo de Dios para indicar una posición de autoridad, honor o respeto.

Él amplía la explicación diciendo: “Todos vosotros sois hermanos”. Ustedes son todos iguales. Todos están al mismo

nivel. Nadie puede ser mayor, mejor o más importante que el otro. Él refuerza la verdad insistiendo en que no nos hiciéramos llamar “rabí”, “padre” ni “maestro” (algunos textos griegos antiguos dicen “líderes” o “discipuladores”, en lugar de “maestros”) (Mt 23:7-10). Eso indica que todo uso de palabras especiales para distinguir y elevar a un cristiano sobre otro contradice a la clara enseñanza de la Palabra de Dios. ¡La gloria sea a Dios, y todos los títulos y las posiciones de honor se reservan para Jesús! Él es el “Rey de Reyes” y “Señor de Señores”.

EL ORDEN DIVINO

Hoy, en los círculos cristianos, muchas personas enseñan sobre el orden divino. El pensamiento básico detrás de esta enseñanza parece ser que existe un tipo de jerarquía, una especie de cadena de mando dentro de la Iglesia de Dios, y que, cuando la reconocemos, nos sometemos a ella y la obedecemos, estamos haciendo la voluntad de Dios y experimentaremos una bendición. En esta “cadena de mando”, los apóstoles están en la cumbre y, luego, vienen los profetas, los evangelistas, etc.

Otros grupos podrían poner al “pastor” como líder, a los ancianos justo debajo y, después, a los diáconos, los profesores de escuela dominical y así sucesivamente, descendiendo la línea. Si bien hay muchas variaciones sobre este tema, los fundamentos son generalmente los mismos: dentro de la Iglesia hay una especie de pirámide similar a un negocio terrenal o un gobierno. Además, insisten en que es a través de esta estructura que Dios guía a Su pueblo.

Con eso en mente, leamos la Palabra juntos. “Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.” (Mt 20:25-28).

¡Qué declaración! ¡Qué importante verdad es esta! Aquí, Jesús prohíbe absolutamente cualquier ejercicio de autoridad de un cristiano sobre otro. Esto es algo que, si bien es común hoy en día, está estrictamente prohibido por nuestro Señor. De hecho, en Su reino, debe ser “al contrario”. (NVI)

En el relato de Lucas, encontramos que estos reyes terrenales que ejercían el liderazgo fueron llamados “bienhechores”. En otras palabras, ejercían autoridad sobre las personas para su bien. Su autoridad debía beneficiar a otros de una forma u otra. La idea de que un cristiano ejerza autoridad sobre otro, incluso si es para su “beneficio”, está estrictamente prohibida. Respecto a esta idea, Jesús también dijo: “No sea así entre ustedes. Al contrario, el mayor debe comportarse como el menor, y el que manda como el que sirve” (Lc 22:25-27 NVI).

Este es el verdadero orden divino. Dentro de la Iglesia debe ser *exactamente lo contrario* del modo en que son las cosas en el mundo. El camino de Dios es al revés. El mayor es el que está más abajo, es el que les sirve a los demás con discreción y humildad.

Si bien en el mundo hay una jerarquía y una cadena de mando, en la Iglesia de Dios no deberíamos encontrar algo similar. ¡Esta conducta fue estrictamente prohibida por nuestro Dios! No importa lo que hagan los demás. La práctica popular o las costumbres de nuestro tiempo no tienen relevancia en este asunto.

Fuimos llamados a obedecer a Jesús. Muchos de nosotros solemos afirmar que creemos en la inspiración divina de la Biblia y que las palabras allí registradas son de la mayor autoridad. Entonces, ¿cómo podemos permitir que la opinión popular y los métodos actuales controlen nuestra obra para el Señor?

VERDADERO LIDERAZGO

Entonces, este es el plan de Dios. Aquellos que son usados por Él para transmitir Su autoridad tienen una actitud completamente diferente a la de aquellos con autoridad en el mundo. No tienen la intención de “ejercer autoridad” sobre otro hermano o hermana, sino que, simplemente, expresan la voluntad de Dios de acuerdo con Su dirección. Estos hombres y mujeres nunca se

ponen en una posición para ser mayores que los demás o estar por encima de ellos, sino que son sirvientes que usan sus dones para edificar a las personas.

Respecto a la autoridad manifestada a través de él, el mismo Pablo dijo: “No que nos enseñoreemos de vuestra fe, sino que colaboramos para vuestro gozo” (2 Co 1:24). Él y sus colegas no se “enseñoreaban” sobre los demás. Eran meros ayudantes.

Aunque algunas versiones de la Biblia traducen 1 Tesalonicenses 5:12 como si unos “presidieran” a otros en el Señor, la palabra griega que se usa allí es PROISTEMI, que básicamente significa “guiar” o “adelantarse” y no “gobernar” o “mandar”. Como ya hemos visto, el concepto enseñado por Jesús y las Escrituras es convertirse en un siervo, no en un soberano. Si bien algunos pueden estar “delante” de otros en términos de madurez y caminar espiritual, esto no significa que deban dominar el Cuerpo de Cristo.

Es humanamente imposible presidir a otras personas, o estar sobre ellas, y ser su servidor al mismo tiempo. Estas dos posiciones, estar arriba y estar abajo, son opuestas. Son mutuamente exclusivas. Para ser un sirviente, hay que dejar de ser señor. Para estar debajo de alguien, hay que dejar de estar por encima de esa persona. Cuando permanecemos en una posición de superioridad y autoridad, no podemos lograr ser verdaderos servidores.

La única forma de seguir siendo siervos y aún manifestar autoridad es cuando la autoridad no es nuestra. Cuando se vuelve extremadamente claro que no podemos obtener nuestra propia autoridad, sino que somos meros canales humildes, toda contradicción desaparece. Siempre y cuando nos neguemos a ser elevados a una posición de autoridad y a dar la falsa impresión de que tenemos autoridad propia, Dios puede usarnos para expresarse, mientras permanecemos como humildes esclavos de nuestros hermanos.

Aquí puede resultar útil investigar qué implica el concepto de liderazgo. “Liderar”, en el sentido bíblico, no significa mandar, ordenar ni ejercer autoridad de ninguna manera “sobre” alguien. Más bien, significa que alguien se adelanta para dar el ejemplo. El resto, al ver este ejemplo, se da cuenta de que viene de Dios y lo sigue.

Así es exactamente como actuaba un verdadero pastor en los tiempos de Jesús. Desarrollaba una relación íntima con sus ovejas. Lo conocían bien y confiaban en él. Entonces, cuando dejaba el redil, lo seguían sabiendo, por experiencia, que los conduciría a pastos más verdes.

Esos pastores no guiaban a las ovejas desde detrás. No enviaban una orden para que las ovejas fueran a un lugar determinado. En cambio, se adelantaban al rebaño. Era su ejemplo y su fidelidad lo que los convertía en líderes. Esta es la autoridad en el Nuevo Testamento. Es un trabajo de amor que demuestra, con el ejemplo y la fidelidad, la voluntad de Dios.

Curiosamente, Dios eligió términos como “anciano” o “padre” para describir a aquellos que eran más maduros en el Señor. Estos términos (en oposición a “general” o “gobernador”, por ejemplo) fueron elegidos cuidadosamente para expresar el pensamiento de Dios.

Si lo piensa, se dará cuenta de que hay un aspecto importante en ser un padre o un abuelo, que es completamente diferente de alguien que está al mando. Es simple: un padre tiene en mente el bienestar de sus hijos. Está bien para un padre cuando sus hijos crecen más que él. De hecho, es su objetivo que ellos lo superen. Si pueden ser mejor educados, más ricos, ser más felices, tener una casa y una vida mejor, es una gran alegría para él. Su objetivo es servirles y ayudarlos a prosperar en todas las áreas. Los padres deben ser, en un sentido auténtico, servidores de sus hijos.

De forma similar, la meta de un verdadero siervo de Dios es edificar a sus hermanos. Su trabajo es manifestarles la realidad de Jesús de una manera que los anime a convertirse en verdaderos discípulos. Nuestra tarea es servir a los demás, no a nosotros mismos. Nuestro privilegio es animar a otros a seguir a Jesús de manera que, si es posible, lleguen a ser “mayores” que nosotros.

Si se vuelven más sabios, más poderosos, más reconocidos, o si Dios los usa más, eso debería ser la máxima fuente de bendición para nosotros. Ya que somos sus siervos, es solo un gozo para nosotros cuando ellos son exaltados. Este es un cumplimento de

nuestro ministerio: hacer de los demás todo lo que Dios quiere que sean.

Compare esto con lo que está sucediendo en el mundo de hoy. En la política, los negocios, los deportes, el teatro y cualquier otra actividad, las personas luchan por llegar a la cumbre. Quieren ser los mayores y los mejores, los más ricos o los más famosos. Esta competencia por la grandeza se convierte en una manifestación horrible de la naturaleza humana caída.

Los conflictos de poder, las mentiras y el engaño son parte del proceso. No admitir debilidad o fracaso, no dejar que los demás sepan cómo es usted realmente por dentro; estas son las necesidades fundamentales para tener más éxito. Las apariencias son mucho más importantes que la realidad, porque eso es lo que influye en las personas. Entonces, la hipocresía crece sin límites. En resumen, muchos habitantes de esta Tierra se involucran a diario en la lucha por el poder. Intentan elevarse por encima de los demás mientras tratan de evitar que otros se adelanten y les impiden surgir.

¿CUÁL ES NUESTRA CONDICIÓN EN LA ACTUALIDAD?

¿Cómo, entonces, vemos la situación de la Iglesia en nuestros días? ¿Con cuál de los dos ejemplos anteriores podríamos comparar las prácticas que encontramos en la Casa de Dios? Desafortunadamente, es común que el segundo ejemplo describa la situación en la Iglesia. El deseo humano de elevarse se encuentra en muchos pulpitos. La tendencia a reprimir a los demás también está presente.

El deseo de volverse cada vez más poderoso, influyente y famoso no motiva solo a unos pocos “ministros” en la actualidad. La costumbre, hoy, es averiguar “cuántas personas” tiene un líder en “su” iglesia. ¿Cuántas iglesias se han afiliado a su ministerio? ¿Cuáles son los números? ¿Cuánto éxito tiene? ¿Qué tan grande se ha vuelto este “sirviente”?

Esta práctica ha llegado tan lejos que he oído hablar de algunas escuelas bíblicas que incluso enseñan a los futuros

líderes técnicas especiales para mantener su autoridad. Entienden bien que, si las personas ven el lado humano de estos líderes, les resultará difícil reconocer su autoridad. Luego, les instruyen que se mantengan alejados de la congregación. Les advierten que no se hagan amigos de los asistentes y que no les hablen de sus problemas personales. Si lo hacen, la gente no los respetará ni acatará "su" autoridad.

Esto no solo da como resultado el establecimiento de una autoridad falsa en la iglesia, sino que también condena al líder, que permanece vinculado a una experiencia cristiana aislada y, por tanto, incompleta. Este tipo de autoridad humana es totalmente ajena a la comprensión de la Iglesia en el Nuevo Testamento.

También es común encontrar líderes cristianos que luchan por mantener su posición en la iglesia. Cuando otra persona comienza a ser elevada por Dios en la congregación y a ser reconocida y respetada por otros por tener un mensaje de Dios, el líder actual puede encontrar una manera de deshacerse de esta.

La envía a un seminario bíblico. La deja abrir su propia iglesia. La acusa de rebelde y la echa. Cualquier método es válido, siempre que se preserve la posición de los que están en el poder. Las acusaciones, los miedos y la competencia forman la base de la lucha carnal por el poder.

Por otro lado, la verdadera autoridad espiritual fluye de Dios. Nadie realmente usado por Dios necesita luchar para ganar una posición o un ministerio. Jesús es el que levanta líderes entre Su pueblo. Los líderes genuinos nunca se destacan a sí mismos por su capacidad para predicar, enseñar y, en general, influir en otros para que tengan una buena opinión de ellos.

El rey David, por ejemplo, era un pastor humilde, pero el Señor lo eligió para guiar a Su pueblo. Muchos de los profetas no eran nada hasta que Dios tocó sus vidas y comenzó a fluir a través de ellos. El ministerio no es un producto de la ambición, sino el resultado de la intimidad con Dios. Aquellos que realmente son usados por Dios son los que sirven a los demás más que a sus propios egos. Las obras hechas con esta motivación son las que pasarán la prueba en el día del juicio.

Tampoco es necesario defender nuestra "posición" o ministerio. Un verdadero sirviente no tiene una posición que defender. Simplemente está disponible para que Dios lo use o no, según lo desee el Señor.

Cuando el liderazgo de Moisés fue desafiado, su reacción fue postrarse ante Dios. Sabía que el Señor lo estaba usando y que era Su poder el que lo sostenía. La fuerza y el razonamiento humanos solo contaminarían el testimonio de lo que Dios estaba haciendo a través de él.

Dios defenderá lo que es verdaderamente Suyo. Nada impedirá que se haga Su voluntad con el tiempo. Nunca es necesario el esfuerzo humano para asegurar o "proteger" la obra de Dios.

Las disputas, las contiendas, los debates, los conflictos de poder, etc., son obras de la carne. La humildad, la bondad y la mansedumbre son evidencias del Espíritu Santo. Si nos estamos mordiendo y devorando unos a otros, esto seguramente causará destrucción en la familia de Dios (Gal 5:15). Si Dios nos toca y nos humilla profundamente para ser siervos de Su pueblo, nuestro trabajo traerá bendiciones y ministerios a todos los que nos rodean.

Ésta es una gran necesidad de nuestros días: no escuchar a aquellos que usan las cosas de Dios para levantarse y construir su propio "ministerio", sino recibir de aquellos humildes a través de quienes Dios se manifiesta. Un día, mientras los doce caminaban con Jesús, comenzaron una discusión. Estaban peleando por quién sería el mayor cuando Jesús fuera rey. El Señor aprovechó esta oportunidad para tratar de mostrarles, nuevamente, algo acerca de cómo pretendía que funcionara Su Cuerpo. Tomó un niño pequeño y lo colocó a Su lado diciendo algo muy profundo: "El que es más pequeño entre todos vosotros, ese es el más grande" (Lc 9:48).

En otra ocasión, dos de los discípulos estaban haciendo una solicitud especial de puestos de autoridad. Jesús volvió a hacer un pronunciamiento que es todo lo contrario de nuestra forma humana y normal de pensar. Dijo: "El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo" (Mt 20:26-27).

Estas verdades no son simplemente hermosas filosofías religiosas. Jesús nos enseñó estas palabras para que nos esforcemos en hacerlas una realidad en nuestras vidas. Quiere que las pongamos en práctica. “Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis” (Jn 13:17).

EL PELIGRO DEL RECONOCIMIENTO

Hemos estado hablando de la necesidad de humildad en la obra de Dios y de cómo un verdadero líder es, de hecho, un siervo. Sin embargo, es inevitable que, cuando Dios comienza a usar un instrumento humano, algunas personas se impresionen y, al menos en sus propias mentes, lo eleven a algún tipo de posición. Cuando se expresa la genuina autoridad espiritual, a menudo se obtiene algún tipo de respeto y reconocimiento terrenal a los ojos de los hombres.

Esto pone al siervo de Dios en una posición peligrosa. Una vez que los hombres, aunque solo sea en sus propias mentes, colocan a tal persona en esta situación, existirá la tentación constante de usar esta autoridad terrenal.

En lugar de seguir confiando en Dios, es posible recurrir a tácticas humanas. Cuando surgen situaciones adversas, es fácil tomar sus propias decisiones y resolver las cosas por su cuenta. Curiosamente, cuanto más usa Dios a una persona, mayor es el peligro.

Nuevamente, la historia de Moisés es un ejemplo para nosotros. Fue un hombre que se convirtió en un canal para la autoridad de Dios de una manera notable. Demostró ser casi completamente obediente en su ministerio. Sin embargo, una vez, solo una vez, perdió el control y escogió usar su propia autoridad para satisfacer las necesidades del pueblo. En lugar de obedecer y hablarle a la roca como Jehová le había dicho, Moisés se enojó y golpeó la roca con su bastón.

Dios lo honró en su posición y brotó agua de la roca (Nm 20:11). Sin embargo, ese acto le costó mucho a Moisés. Por ese único uso de la autoridad humana natural, se le negó su entrada

a la tierra de Canaán. Debido a esa única vez que actuó por su cuenta, en lugar de obedecer a Dios, trajo un juicio severo sobre él. Este evento muestra claramente cuán importante Dios considera la distinción entre los dos tipos de autoridad. Todos los siervos de Dios deben tomarse esto en serio. Cuando Dios los usa y son elevados a los ojos de las personas, deben tener cuidado y solo manifestar la autoridad del Espíritu Santo que fluye a través de ellos. Cualquier autoridad natural o posicional está descalificada, incluso si parece conseguir los objetivos deseados.

La voluntad de Dios puede ser muy clara para los líderes. Sin embargo, cualquier uso de autoridad natural, cargo, don o posición no producirá resultados espirituales. De hecho, es imposible que los produzcan. Las Escrituras dicen: “Lo torcido no se puede enderezar” (Ecl 1:15). Nada que comience en la esfera terrenal puede dar fruto espiritual.

NADIE PUEDE FORZAR LA OBEDIENCIA

Otro punto que debe quedar muy claro para el siervo de Dios es que nunca es nuestro deber obligar a que se cumpla la autoridad de Dios. Nunca se nos pide que intentemos obligar a alguien a obedecer a Jesús. No se nos permite presionar, disciplinar, humillar ni utilizar ningún otro medio para tratar de obligar a alguna persona a obedecer.

Podemos estar seguros, en nuestra propia concepción, que Dios habló a través de nosotros. De hecho, pudo haber sido Su voz. Sin embargo, si nuestro hermano o hermana que recibió la palabra no la aceptó, no es nuestra responsabilidad. No es nuestro trabajo insistir en que oigan y obedezcan. Ya que la autoridad que se manifiesta es la de Jesús, es Su responsabilidad tratar con todos los que se rebelen contra ella. *Nunca* está dentro de nuestro alcance tratar de imponerle la voluntad de Dios a alguna persona. Eso sería carnal y natural.

Este, entonces, es el camino de Dios. El hombre o la mujer que desee agradar a Dios debe convertirse en un siervo o una sierva. Debemos humillarnos ante el Señor y nuestros hermanos en

Cristo, en lugar de seguir el camino del mundo. En lugar de buscar la exaltación a los ojos de los hombres para que podamos controlarlos, y así “ayudarlos” a ir por los caminos de Dios, debemos ser humildes. De esta manera, solo aquellos que realmente quieran escuchar la voz de Dios lo escucharán hablar a través de nosotros y serán obedientes.

Esta es exactamente la manera en que nuestro Señor Jesucristo vivió mientras estuvo en la Tierra. No solo tenía el derecho y la autoridad para exigir obediencia, sino que también tenía el poder para obligar a que las cosas salieran a Su manera.

Sin embargo, en lugar de usar ese poder, leemos: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. (Flp 2:5-8).

Queridos hermanos y hermanas, este es el Camino; una Persona maravillosa. Haz que experimentemos plenamente Tu realidad.

5.

LA CABEZA DE CADA HOMBRE

A muchos cristianos les gusta leer la Palabra de Dios para descubrir lo que Dios ha hecho y lo que hará por ellos. Es una búsqueda de las riquezas de Dios que están disponibles para ellos a través de la fe. Esta es una búsqueda maravillosa. El tiempo que pasamos en la presencia del Señor, meditando en Su Palabra, nos alimenta espiritualmente haciéndonos crecer.

A medida que crecemos, nos damos cuenta de que el universo no está centrado en el hombre. A medida que el cristiano madura, comienza a comprender que fue creado por Dios y que Dios no existe simplemente para beneficiarlo.

Quizás, más profundo que aprender lo que Dios puede hacer y hará por nosotros, es considerar por qué nos creó en primer lugar. Puede ser una gran bendición comprender más acerca de Sus intenciones divinas con respecto a la humanidad.

Por ejemplo, una revelación más profunda de los propósitos de Dios al crear un ser como el hombre puede ayudarnos a comprender ampliamente la obra que Él está haciendo dentro de nosotros y a través de nosotros. Saber la razón por la que fuimos creados, sin duda, nos ayudará a comprender la voluntad de Dios para nuestras vidas.

De manera similar, armados con este conocimiento, podemos enfrentar más fácilmente las tribulaciones y las dificultades que Él usó para alcanzar Sus metas divinas. Con eso en mente, examinemos juntos algunos pasajes bíblicos.

Cuando Dios hizo al hombre, en Génesis, dijo: "... y tenga potestad..." (Gén 1:26). Esto revela algo. Nuestro Creador nos hizo a Su imagen y semejanza para ser gobernantes, para reinar sobre la Tierra. Parte de Su intención era que los seres humanos fueran más que solo Sus siervos. Debían ser gobernantes regios del mundo recién creado.

En otro pasaje, el salmista David, meditando sin duda sobre esta profunda verdad, exclama: "«¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?» Lo has hecho poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra. Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos" (Sal 8:4-6).

Cuando alguien es coronado, hay realeza y soberanía, autoridad y gobierno. ¿Y quién le hizo esto al hombre? ¿Fue Dios mismo quien estableció al hombre en esta posición para que reine sobre Su creación! Esta no es una consideración pequeña. Dios todopoderoso hizo al hombre, lo coronó de gloria y honra y, luego, le encargó gobernar el mundo.

Este plan no solo se revela en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento también encontramos que esto era una parte esencial del plan de Dios. Debemos convertirnos, por la obra de Cristo, en "reyes y sacerdotes" para Dios (Ap 1:6). "Reinemos sobre la tierra" (Ap 5:10). "... reinarán en vida por uno solo, Jesucristo" (Ro 5:17).

Estos versículos demuestran, sin lugar a dudas, que Dios tiene esta maravillosa intención para el hombre. Cuando nuestro Padre nos creó, tenía en mente este hecho importante: reinaríamos sobre Su creación.

Ahora todos sabemos que el Señor es el gobernante supremo del universo. Todavía está sentado en el trono del cielo. Además, no renunciará a Su puesto. Entonces, ¿cómo debemos entender el hecho de que Él formó otro ser similar a Sí mismo (a Su imagen y semejanza) y lo estableció como un rey?

Claramente, esto no se ha hecho porque el Anciano de días ha envejecido mucho, está a punto de jubilarse y, por lo tanto,

necesita un reemplazo. No, nuestro Señor no tiene la intención de ceder el control del universo. No nos entregará todo a nosotros.

DIOS NO ES UN EXHIBICIONISTA

Parte de la comprensión de este misterio debe residir en el hecho de que nuestro Dios no es un exhibicionista. Isaías declara: “Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas” (Is 45:15). Está en la naturaleza de nuestro Dios no hacer las cosas de manera ostentosa y llamativa, sino permanecer oculto. (Por cierto, ¿cómo se refleja esta verdad en el trabajo que usted está haciendo en Su nombre?).

Incluso la creación actual es un ejemplo de Su obra secreta. Aunque la creación Lo revela, solo aquellos que están de verdad abiertos a Él pueden percibirlo. El glorioso trabajo actual que está haciendo en Sus hijos también es algo oculto.

El Dios invisible, el Creador del universo, eligió permanecer en un segundo plano y revelarse por medio de un ser que creó: el hombre. Ese mismo Dios se reveló en Cristo Jesús hace dos mil años. Hoy, quiere manifestarse de una manera incluso mayor a través de Sus numerosos hijos. Él se nos está manifestando para poder revelarse mediante nosotros al mundo e incluso al universo. En el futuro, esto también será cierto. Aquellos creyentes que le sean fieles serán coronados de gloria y honor, y a estos se les encargará reinar sobre la creación de Dios.

Así, vemos que el propósito de nuestro Dios es (y siempre ha sido) permanecer oculto, elige reinar a través de estos representantes que Él creó. Los hombres, llenos de Dios y bajo Su control, deben manifestar Su autoridad sobre la Tierra. Esa autoridad no les pertenece. No eligen ni actúan por su propia cuenta. De hecho, actúan por el Espíritu de Dios para ejercer Su autoridad. El Señor, estando en ellos, es quien gobierna por medio de ellos. Ellos deben ser una manifestación de dos cosas: Su naturaleza y Su autoridad.

Este entendimiento de que Dios tiene la intención de reinar y gobernar usando al hombre encaja perfectamente con lo que hemos visto en los capítulos anteriores. El papel del hombre en el

plan divino es ser un canal, un conducto a través del cual fluye la autoridad de Dios.

Ningún hombre se convierte en la autoridad, sino que es simplemente un canal mediante el cual se transmite la autoridad sobrenatural. Ahora estamos en un momento de preparación y formación. Algún día, pronto, los hijos de Dios se manifestarán (Ro 8:19). Alabado sea Dios por Sus magníficos diseños.

¿ESTAMOS REALMENTE SOMETIDOS?

En capítulos anteriores, analizamos cómo Dios usa a los hombres como canales de Su autoridad. Su voluntad se revela por medio de aquellos que tienen intimidad con Él y están abiertos a Él. Estos hombres y mujeres, entonces, son canales de autoridad divina y sirven como líderes entre el rebaño. A través de estos líderes, el pueblo de Dios puede ser guiado por el Altísimo y moverse en armonía con Él para llevar a cabo Sus planes.

Sin embargo, este maravilloso plan solo puede funcionar bajo una condición: para recibir la verdadera autoridad espiritual mediante otra persona, todos debemos someternos genuinamente a Dios. Él debe convertirse en nuestra “cabeza”. Cuando nuestras rodillas ya se han doblado y nuestra voluntad ya se ha inclinado para estar verdaderamente dispuestos a obedecer a Dios bajo cualquier circunstancia, podemos escuchar Su voz hablando a través de otros.

Si, por otro lado, en el fondo nos resistimos a la dirección de Dios (especialmente si contradice la nuestra), o si realmente no deseamos conocer la voluntad de Dios, toda práctica de la autoridad espiritual será en vano. Cuando las personas no pueden, o no quieren, someterse a Dios y escucharlo solo a Él, ciertamente no se someterán a los demás cuando les hablen con autoridad espiritual.

Esto es igualmente cierto si somos uno de esos hermanos o hermanas que no pueden escuchar a nadie más. Hay muchos cristianos que entran en esta categoría. Simplemente no pueden ser lo bastante humildes como para obtener algo por otro hombre. Es un insulto a su orgullo. Se imaginan que Dios les dirá todo directo “a través del Espíritu”, sin necesidad de utilizar a nadie más.

Por lo tanto, la idea de recibir instrucción o dirección de otro les molesta y constantemente se resisten a cualquier aporte que otro hermano pueda tener para sus vidas. Son hermanos rebeldes que, aunque pueden tener la apariencia superficial de la cristiandad, no están muy abiertos a ser dirigidos por Dios.

Esto, mis queridos hermanos y hermanas, no es una consideración menor. De hecho, es de suma importancia. ¿Por qué Dios instituyó la autoridad gubernamental en la Tierra? Porque la humanidad no estaba dispuesta a obedecerlo directamente. ¿Por qué permitió que Israel tuviera un rey? Porque la gente no quería seguirlo (1 Sam 8:7).

¿Y por qué tenemos hoy tanta autoridad humana y terrenal dentro de la Iglesia de Dios? Es, al menos en parte, el resultado de la rebeldía de los creyentes que se negaron a responder a la verdadera autoridad espiritual. El uso de la autoridad humana es una palanca que a menudo usan aquellos que están tratando de construir la Casa de Dios para intentar, de alguna manera, someter a otros a lo que perciben como la voluntad de Dios.

Cuando rechazamos el hablar interno de Dios, algunos piensan que la única opción disponible es un control externo. Si no somos susceptibles al Espíritu Santo, algunos imaginan que podemos ser sometidos por Su ley. Desafortunadamente, eso nunca funcionará. Esta es una verdad muy importante. A menos que todos alcancemos el punto de habernos sometido completamente a Dios, no seremos de verdad sensibles a la voluntad del Señor ni podremos percibir Su autoridad cuando fluya a través de otros.

En ausencia de esto, solo seremos guiados por regulaciones superficiales, “principios del Nuevo Testamento”, “normas espirituales” y líderes terrenales. De esta manera, quizás podamos producir algo que parezca ser un grupo o iglesia metódico y disciplinado, pero carecerá de un ingrediente esencial: la verdadera sumisión al Señor. Sin ese ingrediente, el resto es inútil.

EL SEÑOR DE TODOS

Cuando llevamos a las personas al Señor, o cuando aceptamos a Cristo nosotros mismos, necesitamos afirmar una verdad

que a menudo se pasa por alto. Cuando recibimos a Jesucristo, necesitamos recibirlo por quién es Él. ¿Y quién es Él? Él es el Señor. Es la “cabeza” del Cuerpo. No solo es el Salvador, sino también el Señor.

En resumen, Él es la autoridad absoluta en el universo. Por lo tanto, si de alguna manera no estamos dispuestos a someter cada aspecto de nuestro ser a Su control, simplemente estamos jugando con Dios. Somos hipócritas. Lo honramos con nuestras palabras, pero nuestro corazón no es realmente Suyo.

Cuando hablamos de sumisión a Jesús, lo que queremos decir es que hay que permitirle controlar nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras opiniones, nuestros deseos y cualquier otro aspecto de nuestras vidas. Eso no significa de vez en cuando hacer algunas cosas pequeñas que dice la Biblia y no hacer otras, porque están “en contra de las reglas”. Tal tipo de sumisión superficial no se contempla.

Todo cristiano debe, tarde o temprano, llegar a un punto en el que pueda tomar la decisión de abrirle cada rincón de su corazón a Jesús y darle el completo control de sí mismo. Esa no es una opción. Es una parte esencial del verdadero cristianismo. Si no hacemos eso, no iremos a ninguna parte espiritualmente. Dios nunca hará nada dentro de nosotros en contra de nuestra voluntad. En consecuencia, cualquier resistencia en nosotros contra Su autoridad nos impedirá progresar espiritualmente.

El crecimiento espiritual no puede ocurrir en un creyente resistente. He conocido personalmente a alguien (no yo) que se convirtió, pero nunca abrió su corazón al control y la inspección de Dios. Durante 30 largos años, Dios había llamado y esta persona se había resistido a la idea de abrirse completamente a Su Espíritu. Entonces, milagrosamente, llegó el día en que Jesús comenzó a conquistar a ese hijo suyo. La resistencia comenzó a desvanecerse y comenzó a abrirse al Señor. Las puertas se abrieron y los muros cayeron para rendirse completamente al Señor Jesucristo.

¡Qué cambio! ¡Qué nuevo y maravilloso crecimiento espiritual! Esa entrega total a Dios trajo un capítulo completamente nuevo a la vida de ese individuo. Ocurrió una nueva infusión de

Vida divina. Ha comenzado un verdadero progreso espiritual. ¡Aleluya! Nunca es demasiado tarde para abrirle realmente su vida a Jesús y dejar que Él tome el control total. Este es el comienzo del verdadero cristianismo.

Por cierto, si no está creciendo espiritualmente o si año tras año lo acosan los mismos problemas, pecados y debilidades, esa podría ser la razón. Aún no le ha abierto completamente su ser a Dios. En secreto, se resiste y se niega a permitirle el acceso a cada parte de su corazón y de su vida. No quiere que ciertos aspectos de su naturaleza o de su pasado sean expuestos y tratados.

La solución es hacer esto hoy, sinceramente, por fe. Haga de todo su ser un sacrificio vivo. Entréguese, sin reservas, a Él y sométase completamente a Su control. Él puede salvar completamente a los que se acercan a Él (Heb 7:25).

Jesús debe ser nuestra “cabeza” no solo en teoría, sino también en la práctica. Las Escrituras nos enseñan que “tenemos la mente de Cristo” (1 Co 2:16). Esta es una doctrina magnífica. Desafortunadamente, para algunos, es solo eso. En su existencia diaria, sus mentes están llenas de sus propios pensamientos, quizás, con una ocasional inserción de la voluntad de Dios en el proceso.

Sin embargo, todos debemos experimentar esta maravillosa enseñanza. Los creyentes pueden realmente experimentar el control del Espíritu de Dios de su pensamiento. Sus pensamientos y opiniones pueden ser los mismos que los de Dios al entregarle el control de su mente.

El verdadero cristianismo se manifiesta cuando Jesús mismo tiene el control total de nuestras vidas. Cualquier otra cosa es solo imitación. El deseo de Dios de gobernar y reinar a través de nosotros solo se puede hacer realidad cuando estamos sujetos a Su autoridad. Sus planes se hacen realidad en nosotros solo cuando le entregamos cada área de nuestra vida.

COBERTURAS DE CABEZA

En el capítulo 11 de 1 Corintios, encontramos lo que se ha convertido en un tema controvertido en los círculos cristianos: cubrirse la cabeza. Aquí, Pablo enseña sobre el uso de velos,

sombreros o alguna forma de cobertura para las mujeres durante las reuniones de la iglesia.

Según su propia interpretación de este pasaje, algunos creen que es esencial que las mujeres usen coberturas físicas en las reuniones públicas. Otros piensan que el cabello largo de las mujeres es la “cobertura” de la que habla Pablo. Otros más razonan que esta advertencia es el resultado de una cultura antigua que no tiene lugar en nuestra sociedad actual. Estas y otras opiniones han provocado numerosas controversias en la Iglesia del Señor.

Si bien muchas personas tienen opiniones diferentes, creo que la mayoría estará de acuerdo en un punto clave. Pablo enseña sobre la necesidad de que una mujer tenga una actitud sumisa hacia su esposo o, en ausencia de un esposo, hacia su padre, líder u otro hombre a quien Dios esté usando para expresar Su autoridad. La cobertura física, la consideremos necesaria o no, es solo un símbolo de una actitud interior del corazón.

Seguramente todo el mundo está de acuerdo en que cualquier cobertura (sea cabello o un velo) que no vaya acompañada de una actitud de sumisión es simplemente un adorno; o peor aún, hipocresía. Entonces, el enfoque principal de la enseñanza es que “cubrirse” es la evidencia externa de una postura interior del corazón. Es el signo o símbolo de que una mujer ha decidido someterse a un hombre y que este hombre es su “cabeza”. Se cubre la propia cabeza, ya sea con cabello, velos o simplemente con una actitud reverente y sumisa, para señalar que otra “cabeza” se reconoce como suprema.

DESHONRAR A CRISTO

Con eso en mente, veamos juntos otra parte de este pasaje. Pablo enseña que “Cristo es la cabeza de todo varón” (v. 3). Además, afirma que un hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra su verdadera Cabeza. Por lo tanto, cuando un hombre usa una “cobertura”, deshonra a Jesucristo (v. 4). Si bien no es común en nuestros días encontrar hombres con sombreros en las reuniones de la iglesia, creo que hay una lección profunda y seria que debe entenderse en estos versículos.

Concluimos que la esencia de la enseñanza sobre cubrirse la cabeza es una actitud de corazón. Es una decisión interior de la mujer ponerse en una postura de sumisión al hombre. Sin embargo, si un hombre se pone en esa posición, está actuando como una mujer. Se está comportando de una manera que muestra que otro hombre es su cabeza. Está eligiendo someterse a la autoridad humana. Cuando un hombre elige someter su vida a otro hombre y confiar en ese hombre para guiar su vida, demuestra que ha reconocido a ese otro hombre como su cabeza; está eligiendo someterse a la autoridad humana. Ese otro hombre puede tener un título de “discipulador”, “pastor”, “gurú” o cualquier otro. No importa cómo llamemos a este individuo, él es, de hecho, otra cabeza.

Esa posición, mis queridos hermanos, claramente va en contra de la Palabra. Según la enseñanza de Pablo, esta práctica deshonra a Cristo. Es un insulto para Él y Su función como cabeza de todo hombre. Cuando un hombre pone a otro como Su cabeza, está declarando que el liderazgo de Jesús no es adecuado. Está poniendo su confianza en un líder humano. Por lo tanto, muestra que no tiene completa confianza en su cabeza divina e invisible.

¡Qué vergonzoso es esto para Jesús! Cuando los hombres cuya verdadera y única cabeza es Cristo comienzan a actuar como mujeres y se colocan bajo la autoridad de otro hombre, este es el insulto más terrible para Dios.

Si, por ejemplo, una mujer fuera más sumisa a otro hombre que a su marido, adoptando una postura de total entrega a su voluntad, esta sería la peor ofensa contra su marido. Es una declaración de que su esposo no es suficiente, no es lo suficientemente hombre, no la satisface y no es digno de su confianza.

De la misma manera, cuando los hombres que deberían ser sumisos a Jesús entregan su corazón y su vida a otro hombre, declaran a todos que su Señor no es suficiente para ellos. Esto es verdaderamente una deshonra para Cristo (1 Co 11:14).

Aunque el uso de sombreros por parte de los hombres en las iglesias es realmente poco común, la práctica de estar en sumisión a un hombre o un grupo de hombres, o estar bajo la “cobertura”

de algún hombre, es en realidad bastante común. De hecho, es algo que una parte importante de las iglesias cristianas insiste en hacer.

Dicen que si no está “sometido”, está fuera de la voluntad de Dios. Si no está “cubierto” por algún otro hombre o ministro, debe ser un rebelde de la peor clase. Expresiones como “estar debajo”, “estar cubierto”, “bajo la protección” y “buscar dirección” son extremadamente populares en la Iglesia de hoy. Predomina la idea de que, de alguna manera, hay cierta seguridad en la adopción de esta posición de sumisión.

Todo esto es bastante popular en la actualidad y quizás tenga un aire de ser “lo correcto”, pero detengámonos y pensemos críticamente al respecto por un minuto. Si una mujer usa cobertura está afirmando, en público, que es sumisa a un hombre. Por lo tanto, si un hombre afirma que está sometido a otro hombre, de hecho, está “vistiendo” un velo. Está tomando una posición de sumisión a otro.

Por lo tanto, ya sea que un objeto físico (velo) esté presente o no, asume una actitud que deshonra a su verdadera cabeza, Jesucristo. Por supuesto, es obvio que, en el caso de las mujeres, el adorno no está en el centro del debate, sino la actitud del corazón. Asimismo, en el caso del hombre, la verdadera esencia de la enseñanza de Pablo no son los sombreros ni las gorras, sino la postura interior del hombre.

Aquí la Palabra es muy clara. Si un hombre ora o profetiza (lo que significa que está trabajando en las reuniones de la iglesia en cierta medida) con la cabeza cubierta, está insultando a Jesús. Se está humillando ante otro hombre en lugar de hacerlo ante Dios, y está confiando en la dirección y la supervisión de esa otra persona.

Este hombre está indicando que Jesús solo no es suficiente. Su liderazgo y dirección no son los adecuados y, por lo tanto, debe buscar un ser humano para una “cobertura” más satisfactoria. Jesús puede incluso ser su cabeza de una manera mística y distante, pero elige un ser humano “real y tangible” al que puede someterse y seguir. Si fuera el Señor del universo y sus hijos actuaran de esa manera, ¿no se sentiría deshonorado? ¡La Biblia dice claramente que sí!

Es interesante que, en el versículo 4 del capítulo 11 de 1 Corintios, la palabra traducida “cubierta” en la frase “con la cabeza cubierta” realmente viene de una palabra del griego que significa “abajo”. Esto, entonces, significaría “con la cabeza abajo (o inclinada)”. En muchas culturas, inclinarle la cabeza a alguien es una señal de reverencia. Es una señal de que se reconoce la superioridad de la otra persona.

Por lo tanto, es claro que Pablo habla de más que simples sombreros, sino de la actitud del corazón de un hombre cuando habla en la congregación. Nunca debe hacer eso desde una posición de sumisión ante otro hombre, sino solo a Cristo. No debe inclinar su cabeza en reconocimiento de la “superioridad” de otro ser humano.

¿POR QUÉ ESTO ES IMPORTANTE?

Hay muchas razones claras por las que esto es tan importante. La primera es que Dios creó al hombre para cumplir un plan maravilloso. Si el hombre ha de ser el representante de Dios, debe estar en íntimo contacto y comunicación con Él todos los días. Cuando se coloca otra cabeza o una “cubierta” entre el cristiano y Jesús, se impide el propio fluir de la autoridad.

Ningún hombre puede transmitir a otro adecuadamente lo que Dios quiere decir o hacer. Dado que todos los hombres son finitos, nuestra comprensión de la voluntad de Dios se limitará de la misma manera cuando nos sometamos a un hombre. Por lo tanto, es imposible que un hombre, o un grupo de hombres, se acerque jamás a expresar la voluntad de Dios a otro de una manera completa. Un hombre que se pone “bajo” la autoridad de otro hombre interrumpe abruptamente el flujo de la autoridad de la Cabeza en su vida.

Una segunda razón por la que los hombres de Dios no se deben poner “debajo” de otros es que no podemos mantener nuestra atención enfocada en dos direcciones al mismo tiempo. Nadie puede servir a dos amos. Dios diseñó al hombre de tal manera que solo puede darle su lealtad a un superior a la vez. Ésta es una verdad inalterable.

Cuando nos dirigimos al hombre en busca de dirección, automáticamente desviamos nuestra atención de Jesús. Al hacerlo, nos colocamos bajo una maldición de Dios. Dice: “¡Maldito aquel que confía en el hombre, que pone su confianza en la fuerza humana, mientras su corazón se aparta de Jehová!” (Jer 17:5).

Verá, confiar en el hombre y separarse de Dios están indisolublemente unidos. No hay forma de que podamos mirar a un líder sin apartar nuestros ojos de nuestro Señor. ¿Es esta la razón por la que Jesús nos enseñó a no llamar a ningún hombre “padre”, “maestro” o “rabí” (Mt 23:8-10)? Cuando tratamos de dividir nuestra atención, la dirección más fácil suele ser la que gana. No hay duda de que es más fácil seguir a un líder humano, físico y tangible que a un Señor invisible. La tendencia natural de los seres humanos es querer que alguien los dirija.

Esta fue exactamente la situación que Samuel encontró entre los hijos de Israel. Vinieron a él queriendo un rey. En consecuencia, Samuel se molestó mucho. Intentó, en vano, explicarles el plan de Dios. El Altísimo ya era su rey. No necesitaban un rey humano. Aunque su líder era invisible, era muy real.

Sin embargo, Israel rechazó el consejo de Samuel y exigió un líder físico que lo gobernara. Dios cumplió su deseo, pero esta no era Su voluntad. De la misma manera, Dios hoy tolera nuestros sistemas terrenales e incluso los usa para lograr algunos de Sus propósitos, pero ese no es Su ideal.

UN EJERCICIO INÚTIL

Una tercera razón por la que está mal ponernos “debajo” de alguien que ayuda a nuestra vida espiritual es que ESO simplemente no funciona. Nadie más que nuestro Dios ve claramente las profundidades de nuestra alma. Los hombres pueden observar nuestras acciones externas y nuestras palabras. A veces, incluso tienen pequeñas percepciones de lo que hay en nuestro corazón, pero solo el Espíritu del Señor escudriña realmente lo que está escondido dentro de nosotros.

Por lo tanto, en el mejor de los casos, el discípulo de una persona solo tratará superficialmente con los pensamientos y las

intenciones de su corazón. Es posible que la persona obedezca los deseos de su superior, pero tenga en el fondo de su corazón áreas ocultas en las que se rebela fuertemente contra su verdadero Amo.

Además, existe un gran peligro de convertirse en fariseo. Bajo el liderazgo de un ser humano, la apariencia exterior de una persona puede limpiarse o controlarse. Si complace a su "líder" humano, esa persona imagina que está progresando espiritualmente, o que está creciendo en el Señor. Cuando se vuelve muy obediente a su "discipulador", puede suponer que ha madurado y está lista para el servicio espiritual.

Sin embargo, si nos sometemos a un hombre, ¿podemos realmente someternos a Dios? ¿Ha habido un gran cambio dentro de nosotros o en nuestra relación con el Señor? Si no nos entregamos verdaderamente a Dios antes de someternos a un líder, ¿cómo puede haber cambiado verdaderamente la actitud de nuestro corazón? Debemos recordar que el objetivo de la autoridad espiritual es lograr que las personas obedezcan a Dios, no a los siervos de Dios ni a una norma superficial. Tal sumisión no ayuda a nadie.

Por otro lado, cuando un creyente se somete verdaderamente a Dios, con gusto se someterá a alguien que esté hablando por Dios. Tales cristianos escucharán con facilidad la voz de su Amo, porque están constantemente buscándolo. Esto se aplica, en especial, a aquellos que son conocidos como canales de la autoridad de Dios.

Por lo tanto, si podemos enseñar a los cristianos una sumisión profunda y genuina al Señor, todos los problemas de rebelión en la Iglesia pueden resolverse. En lugar de cubrir estos problemas con un vendaje compuesto de actitudes y acciones superficiales, el ministerio espiritual puede ayudar a exponer y eliminar la raíz del problema. ¡Cómo necesita la Iglesia de Dios este ministerio! ¡Cuánto necesitamos someternos genuinamente a Dios!

OTRO PROBLEMA GRAVE

A lo largo de los años de intentar servir a Cristo, he notado un problema grave. Los hombres que se han sometido al liderazgo humano durante un período prolongado han visto destruida

su relación con Cristo. El tiempo pasa y ellos realmente pierden la capacidad de escuchar y seguir a Dios por sí mismos. Se les enseñó a confiar en el hombre y apartaron sus corazones de Cristo. Algunos han llegado a decir que no pueden imaginarse sometándose directamente a Jesús. Su confianza en los hombres los alejó de la intimidad con Dios.

Una razón de esta trágica pérdida es que han aprendido que si reciben alguna dirección del Señor que no esté de acuerdo con lo que cree el "liderazgo", serán etiquetados como rebeldes. Quizás han visto a otros rechazados, expulsados o "disciplinados" por tales "crímenes" espirituales.

Como resultado, se vuelven temerosos o desconfiados de su propia relación con el Señor. Si pueden equivocarse tan fácilmente, sería mejor mantenerse alejado de Jesús y dejar que otros más "calificados" tomen las decisiones. Esto, entonces, hace que estos creyentes se distancien del Salvador y pongan su confianza en los hombres.

Como creyentes, tenemos la responsabilidad de distinguir correctamente la palabra de verdad. Existe la verdadera sumisión espiritual. También existe el error de someterse a los hombres en lugar de a Dios. Es nuestra responsabilidad ante el Señor discernir cuál camino es Su camino.

Sí, como ya hemos estudiado, algunas versiones de la Biblia hablan de los que nos "presiden" en el Señor. Qué terrible traducción de la palabra griega PROISTEMI, que significa "estar de pie ante" o "conducir", según el diccionario de W. E. Vine. No tiene nada que ver con la dominación, el control o "presidir" en el sentido comúnmente entendido. A lo largo de los siglos, los cristianos han sufrido mucho a causa de esta mala traducción, que conduce a conceptos erróneos.

También sé del centurión, el hombre "sujeto a autoridad" (Mt 8:9). Reconoció la autoridad sobrenatural de Jesús porque él mismo tenía autoridad terrenal. Sin embargo, de ninguna manera enseñaba una clase sobre el gobierno de la Iglesia, ni deberíamos entenderlo de esa manera. Por supuesto que debemos ser respetuosos y sumisos. ¡De eso se trata este libro! Sin embargo, someternos

incorrectamente no nos llevará a ninguna parte. Solo funcionará la verdadera sumisión a Dios. Que busquemos con espíritu de oración la voluntad y la guía de Dios en este importante asunto.

RENUNCIA DE LA RESPONSABILIDAD

Quizás otra razón por la que muchos aceptan la idea de someterse a otro hombre es que los libera de demasiada responsabilidad. Esta es la misma razón por la que los antiguos israelitas querían un rey. Querían que alguien peleara sus batallas, tomara las decisiones importantes y les diera dirección. De esa manera, serían libres de hacer sus propias cosas liberados de la responsabilidad espiritual. Podían simplemente relajarse y dejarse llevar.

Ahora bien, esta idea tiene un cierto atractivo carnal. Confiar en un líder a quien respetamos y ser libre de cualquier responsabilidad es lo que muchas personas quieren. Sin embargo, hacer esto es renunciar al sacerdocio y la realeza para los que Dios nos creó. Si adoptamos otra "cabeza", rechazamos la verdadera. Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad ante Dios, como reyes y sacerdotes, de buscar Su voluntad, interceder diariamente, mantener una relación con Él y participar en la conducción de otros hacia Su reino.

¡Qué tentación dejar que otros hagan el trabajo duro por uno! ¡Qué fácil es confiar en las habilidades de otra persona! Dios, sin embargo, pide más que eso. Todo hombre debe ponerse sus ropas sacerdotales y asumir las responsabilidades de realeza de su propio hogar, sus amigos o sus hermanos en el Señor.

Hermanos, la voluntad de Dios es que reinemos con Él. No cambie este privilegio por un camino más ancho y fácil. No permita que otros se interpongan entre usted y su Salvador. "... retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona" (Ap 3:11).

Esta página fue dejada intencionalmente en blanco.

6.

LA CABEZA DEL CUERPO

Jesucristo es la cabeza de Su Iglesia. Él es el que fue designado por el Padre para cumplir esta importante función. Fue elegido y ungido para presidir todas las actividades de su pueblo. Esta es una enseñanza extremadamente clara de las Escrituras. Colosenses 1:18 dice claramente: “Él es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia”. Efesios 1:22 explica que Dios el Padre lo entregó a la Iglesia para que fuera cabeza de todas las cosas. El apóstol Pablo, además, enfatiza lo mismo en Efesios 4:15 declarando que Jesús es “(...) aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”. Este tremendo hecho es una lección evidente y relevante.

Sin embargo, si bien el mensaje es indiscutible, su significado a menudo no se comprende bien. ¿Qué posible aplicación práctica tendría esta verdad en nuestra vida diaria?

Quizás el entendimiento común es que Jesús desempeña su función de “cabeza” como el presidente de una gran corporación. Probablemente esté en algún lugar en el fondo, tomando decisiones ejecutivas de alto nivel, participando en conferencias de vez en cuando con los grandes e importantes líderes y, en general, orquestando todo el trabajo desde la distancia.

No hay duda de que el “trabajador” promedio lo verá ocasionalmente en los pasillos, o incluso en una reunión de toda la congregación. Pero, en general, las personas piensan que Su trabajo se realiza a un nivel superior, lo que impacta solo indirectamente la vida diaria de aquellos en los rangos más bajos.

Esta concepción se basa, quizás, en el hecho de que Jesús ascendió al cielo. Es verdad que está por encima de todas las cosas (Ef 4:10).

Algo que también contribuye a la noción de que la "Cabeza" está algo lejos es el hecho de que Él es invisible. El hombre natural no lo puede percibir ni entender. Estas cosas pueden llevar a muchos a la conclusión equivocada: Jesús vino a la Tierra, murió por nuestros pecados y ascendió para sentarse con el Padre. Ahora nuestro trabajo es seguir las instrucciones que Él nos dejó en la Biblia hasta que elija regresar y recompensarnos por nuestras obras.

Por tanto, olvidan que Jesús está presente, aquí y ahora, hoy mismo. A través del Espíritu Santo, Él está constantemente con nosotros (Mt 28:20). Por supuesto, es imposible que Él esté físicamente presente en todas partes al mismo tiempo, pero está presente en el Espíritu, ciertamente, con cada uno de nosotros en todo momento (2 Co 3:17).

Un malentendido de esta verdad coloca a las personas en una posición que quizás sea la mayor deficiencia de la Iglesia actual. Muy pocos creyentes conocen y experimentan el liderazgo de Cristo en sus vidas. La mayoría de los cristianos tienen pocas dificultades para pensar en un Salvador, Redentor, Ayudador o Consolador, porque estas son las funciones de Jesucristo a las que el corazón humano responde fácilmente. Es probable que sea un poco más difícil entender el concepto de una relación íntima con un "Señor" o un "Rey" que exige obediencia.

Aún más remota es la idea de una "cabeza" que afecta directamente no solo a nuestras acciones, sino también a nuestras actitudes, pensamientos y sentimientos. Sin embargo, si queremos acceder a todo lo que Dios tiene para nuestras vidas y ser agradables a Sus ojos, esta relación íntima de liderazgo con Él es esencial.

Quizás la mejor manera de entender el verdadero significado de esta relación es mirar lo que significa Su cuerpo. Nosotros, el pueblo de Dios, somos el "Cuerpo de Cristo" (Ef 1:23). La Iglesia en su conjunto es el "cuerpo" y Jesús es la "cabeza". Los individuos, entonces, son vistos como "miembros" o "partes" de ese

cuerpo (Ef 5:30). Dios eligió explicarnos las cosas de esta manera, porque es una analogía muy precisa.

En un cuerpo humano, todas las partes están controladas por el cerebro. Ningún músculo u órgano funciona por sí solo, según su propia voluntad. La cabeza tampoco pide opiniones o ideas a las otras partes. Todo funciona armoniosamente solo cuando cada parte está en íntima comunicación con el cerebro y lo obedece. De esta forma, el cuerpo sirve para expresar el deseo de la cabeza. Los diversos músculos y partes del cuerpo, incluidos la boca y los ojos, responden a la dirección del cerebro y forman la expresión de lo que piensa la cabeza.

Esto es exactamente lo que la Biblia quiere decir cuando dice que somos Su cuerpo y que Él es la cabeza. Cada uno de nosotros es miembro de este organismo y tenemos algún tipo de función que desempeñar. Cuando hacemos esto de acuerdo con los impulsos momentáneos de la Cabeza, somos una expresión de Él.

El Cuerpo de Cristo no es un autómatas que simplemente sigue instrucciones escritas. Es un organismo vivo que manifiesta la Vida de Dios en su interior. Es un error extremadamente grave suponer que podemos hacer nuestra parte por nuestra cuenta. ¿Cómo podemos expresar la vida de Jesús actuando de forma independiente o si solo tratamos de seguir una lista de instrucciones? Es imposible. Nuestra parte es permitir que Jesús controle todo nuestro ser para que, cuando actuemos, o incluso cuando reaccionemos, Su vida y Su naturaleza se manifiesten.

Esta verdad espiritual de ser el Cuerpo de Cristo solo se puede experimentar si mantenemos una intimidad con la Cabeza. Si bien es cierto que todos los cristianos son miembros del Cuerpo de Cristo, esta verdad no nos servirá de nada a menos que experimentemos su realidad día a día. La postura "teórica" de ser miembros de Su cuerpo no nos beneficiará si no experimentamos lo que significa ser guiados por nuestra Cabeza.

En un ser humano, cuando la cabeza pierde el control sobre sus propias extremidades y estas comienzan a actuar de forma independiente, identificamos el cuerpo como espástico. Comienza

a comportarse de una manera descontrolada y descoordinada, lo que es aterrador e incluso horrible. Cuando el cuerpo de una persona responde con imperfección a las órdenes de la cabeza, se dice que la persona es inválida o, en términos actuales, discapacitada. ¿Con qué frecuencia el Cuerpo de Cristo parece ser así?

Imaginemos a alguien que necesita usar un pulmón artificial o que está completamente paralizado. Los tejidos y órganos comprenden lo que se llama el "cuerpo" de una persona. Sin embargo, han dejado de responder a la dirección de su cabeza y, por lo tanto, ya no son una expresión de esa persona. ¿Es posible que el Cuerpo de Cristo, aunque sea Suyo debido al derramamiento de Su propia sangre, no esté respondiendo verdaderamente a Su dirección y, en consecuencia, no demuestra Su vida y naturaleza al mundo?

Queridos hermanos y hermanas, estas son consideraciones importantes. Quizás suponemos que podemos actuar *para* Dios y eso será suficiente. Sin embargo, Dios no quiere que actuemos en Su nombre, no quiere que hagamos cosas por Él; más bien, desea mucho trabajar a través de nosotros.

Su deseo es que nos sometamos a Él de tal manera que Él tenga control sobre todo nuestro ser y pueda usarnos como canales para manifestarse. Solo entonces podremos experimentar lo que realmente significa ser Su cuerpo.

Lo que está en juego aquí no es "quién es el Cuerpo de Cristo". Todos los cristianos son, por supuesto, parte de este grupo. La pregunta es "quién" mueve este cuerpo. ¿Quién tiene el control? ¿Qué vida y naturaleza emana de cada miembro? Quizás a nosotros, como cristianos, nos consuele el hecho de que nos hemos convertido en miembros del Cuerpo de Cristo. Estamos seguros de nuestra "membresía" y creemos que esto es suficiente. Sin embargo, ahora vemos que este hecho no es suficiente para que cumplamos la voluntad de Dios y Sus deseos.

No hay duda de que Jesús quiere que Su cuerpo sea una expresión de Sí mismo. Debemos ser Sus testigos no solo hablando de Él, sino también reflejándolo verdaderamente. Dios nos llamó y nos redimió para ser juntos la manifestación de todo lo que Él es. Su vida y naturaleza, que fueron retratadas tan clara y

poterosamente cuando Jesús caminó sobre la Tierra, ahora deben mostrarse a través de aquellos a quienes Él llama Su "cuerpo".

El deseo de Dios es manifestarse al mundo e incluso el universo. Él desea fervientemente que todos los hombres puedan verlo y conocerlo. Esta responsabilidad ha recaído en aquellos que forman Su cuerpo. Sin embargo, esto nunca puede suceder por nuestros propios esfuerzos. No podemos intentar imitar a Dios y suponer que esto será suficiente para convencer al mundo del pecado.

Tampoco es suficiente simplemente seguir una serie de reglas o principios bíblicos. La única posibilidad es que nos sometamos a Su liderazgo para que nos llenemos de Su vida y nos mueva Su dirección.

Cuando Él vive a través de nosotros, somos una exhibición de Quién es Él. Cuando simplemente estamos tratando de vivir *para* Él, inevitablemente, solo podemos expresar nuestro propio concepto de cómo es Él. La verdadera justicia, paz, gozo, victoria sobre el pecado y todas las cosas que conforman una manifestación real de la naturaleza de Dios solo son posibles cuando Él es, en la práctica, nuestra cabeza.

¡Cómo necesitamos esta experiencia hoy! Es esencial que el liderazgo de Cristo sea mucho más que una doctrina lejana para nosotros. Necesitamos experimentar la realidad de ese liderazgo para agradar a Dios. Nuestro Padre Celestial es, en algunos aspectos, una persona muy estricta. Solo hay una cosa en el universo que realmente le agrada: Su hijo. Cuando ve a su Hijo manifestado a través de nosotros, se complace mucho.

Nada más lo satisfará. Si decimos que somos Suyos y que queremos hacer Su voluntad, este es el camino: Permitir que Su Hijo Jesucristo domine nuestra personalidad y sea nuestra cabeza. Cuando Él es quien inicia nuestras palabras, actitudes y actividades, entonces, solo entonces, agradaremos al Padre.

La Biblia dice que tenemos "la mente de Cristo" (1 Co 2:16). Desafortunadamente, para muchos, esto no es más que una enseñanza agradable que no tiene un impacto real ni influye en sus vidas. No es parte de su experiencia diaria. Posiblemente, sus

mentes estén, por el contrario, dominadas por sus propias ideas, pensamientos y opiniones.

También hay, en las Escrituras, algo llamado la “renovación del entendimiento” (Ro 12:2). Aquí leemos que podemos ser transformados por este proceso y que el resultado será “la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. ¡Qué interesante! Esta es la manera de ser transformado y agradecer a Dios.

¿Y cómo sucede esto? Simplemente permitiendo que el Espíritu Santo de Dios domine nuestros procesos cerebrales. Si entregamos nuestras mentes completamente a Él, podemos tener a Jesús como nuestra cabeza. Esto es lo que dicen las Escrituras: “renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Ef 4:23). Esto habla de cuando el Espíritu Santo llena, transforma y, luego, usa nuestras mentes para expresarlo en toda Su plenitud. Esta es, verdaderamente, una maravillosa salvación.

Como puede ver, tener a Jesús como nuestra cabeza es mucho más que obedecer sus instrucciones ocasionales o algún mandamiento de la Biblia. Es someter todo nuestro ser a Su control. Cuando Jesús domina nuestra mente, nos controla por completo. A través de este proceso de transformación, nosotros, individual y colectivamente, nos convertiremos en una expresión viva de Él: Su Cuerpo.

LA CABEZA DEL CUERPO

Jesús no tiene la intención de ser solo la cabeza de cada individuo. También es la cabeza de la Iglesia en su conjunto. Entonces, ¿qué significa esto? Significa que cuando nos reunimos en Su nombre, no somos libres para hacer nuestras propias cosas. El Señor no espera sentarse en el último banco, observar nuestros rituales religiosos o entretenerse.

Su intención es ser el líder de todo lo que hacemos. Para que la Iglesia, Su Cuerpo, sea una expresión de Él, Él debe estar a cargo de nuestras reuniones.

Piense un momento en ello. Si no seguimos la dirección del Espíritu Santo en cada momento de nuestras reuniones, no expresamos a Jesucristo. Si solo de vez en cuando le damos espacio

para que se mueva como quiera, lo estamos manifestando de una manera muy limitada.

Esto nos lleva de nuevo a nuestra analogía de un discapacitado, espástico o paralítico. Aunque somos la Iglesia del Señor en cuanto a postura, a menudo falta que pongamos este hecho en práctica. Aunque nunca dejaremos de ser Su cuerpo, la verdadera Iglesia que Jesús busca nunca podrá hacerse realidad mientras Él tenga una pequeña influencia sobre ella.

Jesús mismo le explicó esta verdad a la mujer samaritana que conoció en el pozo de Jacob, quien sentía curiosidad por saber cuál era el lugar adecuado para la adoración. Naturalmente, quería resolver el viejo dilema sobre el lugar correcto o la fórmula correcta para agradar a Dios. Hoy también es frecuente entre los creyentes preocuparse por cuál formato se adapta mejor a las Escrituras, qué método es mejor o qué día el Señor ha elegido para que nos reunamos.

Espero que pueda ver cómo nada de lo terrenal, humano o superficial tiene importancia para el cumplimiento de la voluntad del Padre. Jesús le respondió diciendo que la verdadera adoración solo puede ocurrir en el Espíritu.

Esto significa que solo cuando el Espíritu de Dios fluye y dirige nuestra alabanza y todos nuestros servicios, el Padre está satisfecho. ¡Cómo necesitamos experimentar esta adoración hoy! ¡Cuánto desea nuestro Padre celestial que hagamos Su voluntad!

Entonces, ¿cómo debemos reunirnos? Este es un asunto que debe decidirse escuchando la dirección del Espíritu Santo. “Cómo”, “cuándo” y “dónde” son preguntas que Él responde si estamos preparados para escucharlo. Sin embargo, primero debemos vaciar nuestras mentes de nuestras propias ideas y opiniones. Necesitamos liberarnos de las tradiciones y prácticas religiosas. Solo copiar lo que otros han estado haciendo durante siglos no nos permite llegar a lo mejor de Dios. De hecho, hacerlo asegurará que no lo logremos.

¿Por qué confiamos tan poco en Dios para que nos dirija y guíe en estas cosas simples y prácticas? ¿Cómo puede el que mantiene unido el universo con Su poder ser incapaz de dirigir a

Su pueblo en sus reuniones? Necesitamos humillarnos ante Dios y abrirle nuestro corazón a Él. Necesitamos arrepentirnos de hacer nuestra propia voluntad pensando que eso lo satisfará. Él puede construir Su Iglesia, y lo hará, si le permitimos que sea la cabeza de todo.

Sin duda, el Señor nos guiará hablando a través de quienes tienen intimidad con Él. Si realmente tenemos oídos para escuchar Su voz, Él nos guiará en cada paso práctico del camino. Él puede guiarnos para encontrar el mejor lugar para adorar. La cantidad de espacio que se necesita es otra consideración en la que debemos permitirle que nos guíe. ¿Nos llevó a encontrar algo especial para los niños? ¿Incluso instituyó un coro? ¿Y la disposición de las sillas? ¿Oímos de él?

Quizás piense que estas cosas son demasiado insignificantes para llamar Su atención. ¡De ninguna manera! La Biblia dice que, en *todo*, debe tener la preeminencia (Col 1:18). Además, siempre debemos estar listos, como lo estuvieron los hijos de Israel en el desierto, para cambiar cualquier cosa en cualquier momento. A medida que el cuerpo crece u otras consideraciones surgen, Jesús puede dirigirnos y nos dirigirá diariamente en estos detalles. De esta manera, comenzamos a proporcionarle un lugar donde pueda hacer Su obra.

REUNIONES DIRIGIDAS POR EL ESPÍRITU

Una vez que escuchamos lo que Dios dice de cuestiones prácticas sobre cómo y dónde nos debemos reunir, podemos pensar en lo que sucederá durante la reunión. Esto también debe estar abierto a la dirección del Espíritu Santo. En la Biblia, leemos que cuando nos reunimos, todos podemos compartir salmos, doctrina, lenguas, revelación o interpretación (1 Co 14:26). También leemos que todos pueden profetizar según la dirección del Espíritu (1 Co 14:31).

Cuando nos congregamos, Jesús mismo está entre nosotros. No viene como espectador, sino como líder. Él puede motivar a cada miembro del cuerpo (y lo hace) a contribuir con su porción

de Él de una manera ordenada y coherente. Dado que cada miembro ha estado en comunión íntima con Jesús durante la semana, muchos de ellos tendrán algo nuevo para compartir de su comunión con Él.

Toda esta actividad es guiada por el Espíritu Santo y supervisada por aquellos que son conocidos como canales de autoridad espiritual debido a su intimidad con Dios. Obviamente, todos deben tener la libertad de compartir, ministrar, etc. Sin embargo, este no es un tipo de libertad fuera de control, sino una demostración del Cuerpo de Cristo orquestada por el Espíritu Santo. De esta manera, Cristo puede manifestarse en Su cuerpo. De esta manera, "todas las coyunturas" suplirá a los demás con su porción de Él (Ef 4:16). Así, todos crecerán juntos, como Dios quiere que crezcan.

La enseñanza, la predicación y la exhortación ciertamente tienen lugar en una reunión dirigida por el Espíritu. De hecho, Dios puede llevarnos a programar reuniones especiales solo para estos propósitos. Tiempo de oración, ministerio especial para los nuevos conversos, sesiones intensivas de enseñanza, campañas evangelísticas; todas estas cosas pueden ser organizadas por nuestra Cabeza si estamos atentos y abiertos a Él.

Dios puede guiar a Su Cuerpo. Puede construir Su Iglesia. Solo necesitamos vaciar nuestras manos de nuestros propios planes y programas, y humillarnos ante Él. Jesús puede llenar de Sí mismo nuestra experiencia en la iglesia.

Sin embargo, ¡hemos estado poniendo nuestras propias ideas, intenciones y deseos en lugar del verdadero liderazgo con mucha frecuencia! Por ejemplo, supongamos que existe una necesidad entre los jóvenes. A menudo, nuestro primer impulso es encontrar algún tipo de programa para ellos y, luego, elegir a alguien que se encargue de ello. Pero este método nunca producirá un resultado verdaderamente espiritual.

¿Qué pasaría si, en cambio, pasáramos algún tiempo en oración, abriéndonos a Dios y buscando Su solución? Quizás levantaría a alguien con un don especial y unción para ministrar a estos jóvenes. Entonces, en lugar de un programa, tendríamos un

ministerio espiritual operando en la iglesia. Tendríamos a alguien con la verdadera unción y responsabilidad para ocupar este ministerio.

Eso es lo que realmente necesitamos. Ya no necesitamos entretenimiento, programas y “grupos de apoyo” en la congregación. ¡Necesitamos la presencia del Espíritu Santo! ¡Necesitamos a Dios mismo!

Si lo buscamos con todo nuestro corazón, encontraremos una nueva y viva experiencia de iglesia que satisfará profundamente no solo nuestras expectativas, sino también las de Dios.

RESERVADO PARA LA CABEZA

Como sin duda habrá notado en el análisis anterior, toda la autoridad en la Iglesia está reservada para la Cabeza. No hay lugar para nadie más. Cualquier otra autoridad simplemente reemplazará o detendrá el fluir de la autoridad de Jesús. A menos que el “liderazgo” en la iglesia sea solo una manifestación de la propia autoridad de Dios, este entorpecerá el proceso en lugar de ayudar.

Queridos amigos, esta es una consideración muy seria. ¡El cuerpo de Jesús es Suyo! No somos libres de crear algún tipo de imitación. No podemos establecer ningún otro tipo de autoridad en nuestras reuniones además de la que el Padre ya ha instituido. Necesitamos permitir que Jesús sea nuestra cabeza.

Solo entonces podremos experimentar la realidad de la Iglesia y satisfacer los requisitos de Dios. Solo así el Cuerpo podrá crecer y ministrarse a sí mismo de la forma que Dios lo ha diseñado.

Quizás, ahora, el lector pueda comprender más fácilmente la gran necesidad de una autoridad espiritual genuina en la Iglesia actual. También se hace más claro que la mera autoridad humana nunca podrá lograr las metas de Dios.

Solo cuando la Cabeza estimula Su Cuerpo, se manifiestan Su vida y Su naturaleza. Cuando alguien más tiene el control, no importa lo bien intencionado que sea, el resultado nunca será una manifestación de Dios.

Así que este es el principio inalterable del liderazgo. En el Cuerpo de Cristo no puede haber otra autoridad, ninguna otra

cabeza. Cuando colocamos a otro en esta posición, contaminamos la expresión de Jesús y traemos un elemento humano y ajeno a la Iglesia de Dios.

¿QUÉ QUIERE DECIR “ANTICRISTO”?

Quizás ahora sea un buen momento para analizar el significado de la palabra “anticristo”. Es interesante notar que uno de los principales significados del prefijo “anti” en griego es “en vez de” o “en lugar de”. Esto, entonces, nos lleva a una nueva comprensión de la palabra “anticristo”. Puede ser que estemos acostumbrados a pensar que un anticristo es alguien en contra de Cristo o que se le opone. Sin embargo, aquí vemos que simplemente tomar Su lugar como la verdadera autoridad y cabeza también significa ser “anticristo”. Cualquiera que toma el lugar de Jesús en la congregación cumple el papel del anticristo.

Por lo tanto, en las reuniones de la iglesia, el lugar de los líderes podría entenderse mejor como un tipo de supervisor. Aquellos que son maduros y tienen intimidad con Dios supervisan el desarrollo de dichas reuniones. Por cierto, la Biblia usa la palabra “supervisores” para indicar esta función. Aquellos que son menos maduros, son libres de ejercer sus dones y habilidades porque hay miembros más maduros que amablemente pueden corregir cualquier problema.

El verdadero liderazgo espiritual se puede ejercer de manera muy discreta. Una sola palabra u oración en el momento apropiado, dicha por la dirección del Espíritu Santo, puede hacer que la reunión regrese de cualquier desviación que pueda haber ocurrido. Aquellos que quisieran dominar la reunión con sus ideas y opiniones pueden ser cuidadosamente reprendidos.

Los líderes están presentes no para controlar o utilizar las reuniones como un foro para sus propios ministerios, sino para servir al cuerpo, y esto lo hacen asegurándose de que todo se haga de acuerdo con la dirección de la Cabeza. Por supuesto, ninguna reunión será perfecta. Siempre habrá alguien orando o testificando desde su propio corazón. Un líder que ha sido verdaderamente

quebrantado por el Espíritu Santo sabrá por parte de Dios cuando algo necesita decirse o hacerse, o cuando el Señor simplemente permitirá que una imperfección quede sin corregir.

Todos tenemos imperfecciones en nuestras vidas, y solo Dios conoce el momento y el lugar para abordar estas deficiencias. La verdadera sabiduría es el resultado de la experiencia y la madurez. Quizás es por eso que las Escrituras usan la palabra "ancianos" para describir a esos supervisores.

Tenga en cuenta que Pablo exhorta a que ningún neófito llegue a ejercer esa función (1 Tim 3:6). Hay una gran necesidad de paciencia, misericordia y amor para forjar el carácter de alguien que es un canal para la autoridad divina. Si el carácter de Dios no se refleja en los que dirigen, la manifestación de Dios se contaminará por personalidades naturales.

El liderazgo en la iglesia es una responsabilidad abrumadora. No es algo que nadie deba intentar asumir. Existe una gran tentación para los jóvenes dotados de imaginar que están capacitados para dirigir la iglesia. Escuchan a Dios. Él los ha ungido y, por lo tanto, suponen que son aptos para ser líderes. Dado que confunden dones y unción con madurez espiritual, imaginan que están capacitados para desempeñarse en funciones de liderazgo.

Sin embargo, nada puede reemplazar el quebrantamiento y los años de experiencia bajo la mano de Dios. Los que son "líderes" serán juzgados por Dios por su trabajo, al igual que cualquiera de nosotros. Si asumimos el manto de la autoridad y lideramos la Iglesia de Dios de acuerdo con la iniciativa de nuestro propio corazón, demostraremos ser rebeldes, ambiciosos y tontos frente a todos, y el Juez de todas las cosas nos hará responsables de ello.

Otra consideración importante es que aquellos que son canales de la autoridad de Dios y funcionan como supervisores deben tener una relación íntima con los demás. Deben estar unidos por Dios en el Espíritu. Esto requiere el deseo de abrir sus corazones los unos a los otros, de tener una transparencia divina. Deben tener la unidad que la Biblia describe como tener "un corazón y un alma" (He 4:32).

De esta manera, pueden actuar juntos como uno al ejercer la autoridad divina. Si hay alguna desunión o desacuerdo entre los “líderes”, será un desastre para el rebaño. Si los que están en el liderazgo no pueden, o no quieren, actuar en armonía unos con otros en el Señor, el resultado será el fracaso y el testimonio de Jesús se perderá. Es imposible preservar la autoridad del Espíritu Santo cuando hay desconfianza, falta de armonía y discordia entre los líderes.

UN PUNTO DE PARTIDA

Este es un punto de partida fundamental a la hora de empezar a pensar en reuniones. Al menos dos o tres hombres que el Señor ha preparado y elegido deben ir acompañados de algún tipo de acuerdo sobre estos principios. Este tipo de unidad que se establece entre los “supervisores” es absolutamente imperativa como punto de partida.

Si esto no está bien definido, el resultado será pura confusión. Otras personas intentarán entrar y hacerse cargo. La “autoridad” de todas las direcciones se manifestará, excepto la de Dios. Y el liderazgo en una condición débil y dividida no podrá manejar esto de acuerdo con la dirección del Señor.

Estos primeros hermanos no solo deben estar de acuerdo unos con otros en su visión de lo que Dios quiere; deben permitirle que los una estrechamente con amor. Deben haber pasado algunos años juntos permitiendo que el Espíritu Santo los trajera a Su unidad.

Cuando vivimos juntos en la presencia de Dios, tarde o temprano, nuestros pecados, fracasos y debilidades aparecerán. Aquellos con quienes tengamos comunión notarán estas cosas. Todos debemos, al ver las faltas de los demás, aprender a lidiar con estas cosas con amor. Debemos perdonar. Debemos contenernos. Debemos responder con paciencia, amabilidad, gentileza y todas las demás cualidades de la naturaleza de Jesús.

Cuando los que son más maduros ven las faltas de los demás y aprenden a lidiar con ellas en el amor de Cristo, forman

una especie de cimientos para una iglesia local. Cuando el diablo se queda sin municiones para acusarlos entre sí con el fin de dividirlos, entonces se ha establecido algo sólido y eterno. Estos cristianos ahora están listos para que Dios los haga crecer mucho más en número. Su experiencia práctica de unidad resistirá todo lo que pueda traerles el futuro.

Es fácil suponer que, dado que Jesús no quiere ningún liderazgo posicional "oficial", no hay lugar para ningún tipo de liderazgo. Algunos creyentes inmaduros, cuando comienzan a comprender algunas de estas verdades espirituales, comienzan a rechazar todas y cada una de las formas de autoridad, incluso si provienen del Espíritu Santo. Esto es un grave error.

A lo largo de los años, he visto muchos grupos, en su mayoría pequeños grupos domésticos, en esta condición. Entran y salen de la voluntad de Dios. Cada semana hay una apuesta sobre si la reunión estará llena de la presencia del Señor o no. Lo que necesitamos desesperadamente hoy no es la "ausencia de liderazgo", sino el verdadero liderazgo del Espíritu Santo.

Esto sería supervisado por aquellos que están preparados por Dios. Solo un "liderazgo plural" (más de una persona) unido y espiritual dará como resultado un encuentro cristiano con la manifestación de Dios mismo de manera regular.

¿Por qué el cristianismo parece tan débil? ¿Por qué las vidas de tantos creyentes todavía están llenas de esclavitud y pecado? ¿Por qué tenemos tan poco efecto en el mundo que nos rodea? La iglesia primitiva, en 30 o 40 años, trastornó al mundo (He 17:6). En nuestros días, sin embargo, con todo el dinero y el material a nuestra disposición, en comparación con el pasado, se está haciendo poco.

Ahora bien, no digo que no haya mucha actividad. Ciertamente la hay. Sin embargo, el impacto de estas actividades parece extrañamente menor que hace dos mil años. ¿Dios ha cambiado? ¡Claro que no! Pero, si somos honestos, debemos admitir que algo se ve diferente. Quizás valga la pena detenerse y considerar si hay alguna parte del plan de Dios que hayamos pasado por alto y que podría estar obstaculizando Su poder y Su voluntad.

UN TEMPLO VIVIENTE

La Biblia nos enseña que somos, tanto individual como corporativamente, el templo de Dios. Se nos enseña que el Señor mismo habita allí. ¿Qué podría ser más poderoso o eficaz que la presencia del Todopoderoso? ¿Qué podría transformar vidas más que un encuentro cara a cara con el mismo Jesús?

Por un momento, seamos completamente honestos. ¿Dios realmente habita en nosotros? ¿Es la presencia palpable del Señor mismo el rasgo principal de nuestras reuniones? ¿Son la majestad y gloria asombrosas de Dios las principales atracciones para nosotros y para los demás? ¿Reside permanentemente entre nosotros o es solo un visitante ocasional? ¿Es esta doctrina de que somos el templo nuestra experiencia diaria, o simplemente es otra de estas enseñanzas bíblicas que suenan maravillosas, pero que se aplican muy poco en nuestros servicios y en nuestra vida diaria?

Creo que la gran necesidad de nuestros días es que la Cabeza, Jesucristo, sea restaurada al lugar que le corresponde en Su cuerpo. Durante demasiado tiempo, protestantes y católicos han reemplazado el verdadero liderazgo del Espíritu Santo con fórmulas y formas, ritos y ceremonias. Hemos puesto a meros hombres en el lugar de Dios suponiendo que esto podría producir los resultados que Él busca y que tan desesperadamente necesitamos.

¡Cuánto necesitamos un gran arrepentimiento! ¡Cuánto necesitamos apartarnos de nuestros propios caminos y humillarnos! ¡Cómo debemos admitir que hemos sido obstáculos para Dios y aún lo culpamos por la falta de resultados que anhelamos para nuestra propia gloria y placer!

Seamos los que anuncian al Rey, seamos de los primeros en someternos a Él como nuestra verdadera Cabeza y dejemos que se manifieste entre nosotros. ¡Cuánto necesitamos cumplir Su voluntad para que Él pueda ser todo en todos! Jesús es la Cabeza. Él es quien puede guiar y llenar Su cuerpo si le damos la oportunidad.

Nuestra experiencia en la iglesia, que, si somos sinceros, hasta ahora ha sido débil y, en el mejor de los casos, solo parcialmente eficaz, puede convertirse en una poderosa manifestación de

la presencia de Dios. Todo lo que tenemos que hacer es someternos a Él. Solo tenemos que vaciarnos de lo que ha reemplazado Su liderazgo y permitirle guiarnos en todas las cosas. De esta manera, Dios mismo estará con nosotros. Su presencia impregnará nuestras reuniones y nuestras vidas cotidianas. Su gloria llenará Su templo.

Está claro que Dios no habita en templos hechos de manos humanas (He 7:48). Si lo que hemos estado haciendo es producto de nuestro propio esfuerzo, Dios nunca lo bendecirá. Por otro lado, cuando cooperamos humildemente con Él en la edificación de Su Iglesia, Él la llenará con Su presencia. ¡Su poder, Su gloria y Su majestad pueden y deben ser nuestra experiencia diaria!

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR EN ESPAÑOL:

DE GLORIA EN GLORIA La transformación del alma

Este libro aborda de una manera seria y desde una nueva perspectiva muchos conceptos enseñados en la Iglesia evangélica de nuestros días. El lector encontrará tópicos que, además de estimular una profunda reflexión, abrirán paso para una comprensión de los propósitos de Dios mucho más amplia de la que probablemente haya tenido hasta ahora.

Si tiene hambre del conocimiento de Dios y un corazón abierto y sincero para recibir Su verdad, tenemos total confianza de que Él usará este libro para revelársele de una manera más completa y poderosa.

ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA La clave de la intimidad con Dios

Cuando una persona recibe a Cristo, al mismo tiempo, recibe muchos beneficios maravillosos. Algunos de estos “beneficios” son tan maravillosos que son casi increíbles, pero ciertamente existen y están disponibles para cualquiera que crea. Todos los hijos de Dios tienen la posibilidad de disfrutar, de manera creciente e interminable, la abundancia de estos tesoros celestiales.

Sin embargo, hay algunos pasos esenciales que un cristiano debe tomar para recibir todos los beneficios ofrecidos. Si queremos acceder a ellos, debemos cumplir con los requisitos previos de Dios para que Él pueda hacer Su obra transformadora en nosotros.

Este libro es un ensayo que analiza algunos de estos santos beneficios y cómo todo cristiano puede experimentarlos al máximo.

VENGA TU REINO

En la tierra como en el cielo

Este libro no es simplemente una investigación más sobre las profecías que hacen referencia a los últimos días. En vez de esto, es una discusión acerca de un aspecto del evangelio de Jesucristo muy descuidado: el evangelio del reino. En la Iglesia actual, numerosos creyentes ignoran completamente la importancia del reino milenial que vendrá, y el impacto que este reino debe tener en sus vidas actuales.

Este libro pretende cubrir esta brecha. Puede que en su contenido encuentre muchas cosas nuevas y diferentes. Pero esto no debe frenar a aquellos que tienen una sed genuina de Dios y de Su verdad. Este libro fue escrito con la expectativa de que todos los que aman a Jesucristo y desean conocerlo más profundamente puedan encontrar muchos beneficios.

***OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR QUE
PRÓXIMAMENTE SE TRADUCIRÁN A ESPAÑOL:***

ANTICRISTO

La venidera aparición del anticristo y el establecimiento de su reinado ha sido materia de intensos debates a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya que el panorama actual parece indicar que pronto será el final de nuestros días, tal debate se ha vuelto todavía más importante.

BABILONIA

En este libro, encontrará un análisis coherente y actual sobre muchas visiones descritas en el libro de Daniel. Tales análisis podrán ayudar los lectores a entender los eventos que precederán a la venida del anticristo, en el contexto de nuestra presente situación mundial.

SEÑALES DEL FIN

Con este libro, el autor desea ayudar a los creyentes a identificar las señales del fin que se manifiestan actualmente (y que muchos no han percibido) y a prepararse para lo que se aproxima.

LUZ EN LAS TINIEBLAS

¿Cómo podemos ser liberados de la influencia de espíritus malignos y del poder de las tinieblas?

¿Cómo podemos ser liberados de nuestro propio pecado y egoísmo?

¿Es posible ser realmente cambiado y liberado del pecado?

Estas son las preguntas que aborda este pequeño libro.

Si busca la libertad, la verdadera libertad, que se encuentra en Jesús, este libro es para usted.

EL EVANGELIO OCULTO

¿Por qué la Iglesia cristiana de hoy está tan llena de ego y pecado?

¿Es posible que no nos hayamos dado cuenta de algo?

Algunas interpretaciones inadecuadas de palabras griegas importantes que encontramos en los antiguos textos bíblicos han hecho que muchos reciban actualmente un mensaje diluido.

El mensaje bíblico, cuando se entiende correctamente, es mucho más transformador y poderoso de lo que muchos imaginan.

Este libro revela algunas verdades bíblicas importantes que han permanecido ocultas durante siglos.

SEMILLAS 1 Y 2

Estas publicaciones, entre otras, reúnen 19 estudios publicados por David W. Dyer. Tratan asuntos diferentes, pero con una gran profundidad.

En "Guardar el sábado o no", el autor hace un análisis sincero sobre el asunto desde una perspectiva poco conocida en el medio cristiano.

En "Tres principios esenciales", descubrirá que formar parte de la iglesia y experimentar el Cuerpo de Cristo pueden ser dos experiencias diferentes. Muchos miembros del Cuerpo todavía no han tenido una experiencia sobrenatural con el Cuerpo de Cristo, y en este estudio conocerá los pasos imprescindibles para lograrlo.

En "El sacerdocio", el autor destaca el tema del llamado de cada cristiano al sacerdocio, algo que muchos han descuidado y que muchos otros desconocen.

¡DEJA IR A MI PUEBLO!

¡El regreso de Jesucristo se aproxima! Pero Su novia, la Iglesia, no está preparada para recibirlo. Lamentablemente, está llena de manchas y arrugas, y necesita pureza y santidad. De hecho, su condición parece cada vez más precaria.

Entonces, ¿qué es lo que Jesucristo quiere hacer en este momento? ¿Cómo podemos ayudarlo a cambiar esa situación? En este libro, encontrará una respuesta bíblica y práctica para esas y otras interrogantes, además de una nueva visión sobre los propósitos del Dios vivo para la actualidad.

EL REINO PERDIDO

¿Establecerá Dios un reino físico en la Tierra?

¿Se han cumplido ya la mayoría de las profecías bíblicas con respecto al reino? ¿O debemos anticipar una manifestación mayor de este reino en el futuro?

¿Es el “reino de Dios” lo mismo que la eternidad o el cielo?

A pesar de las extensas enseñanzas de Jesús sobre el reino en la Biblia, el concepto sigue siendo ampliamente malentendido hoy en día, debido a que se está perdiendo la comprensión del mensaje verdadero de Jesús. Esta verdad perdida sobre el reino podría llevar a consecuencias graves en nuestras vidas, tanto ahora como en el futuro.

Este libro es una investigación de este tema crucial. Analizaremos tanto la expresión actual de este reino celestial como las futuras consecuencias que nuestra sumisión o rebelión contra el Señor tendrá en nuestras vidas.

Oramos para que este libro lo bendiga, le brinde orientación e inspire una búsqueda más profunda del reino de Dios en tu vida.

***PARA CONSEGUIR LOS LIBROS SIN COSTO,
VISITE NUESTRO SITIO WEB: www.granodetrigo.com***

CONTACTO:

David W. Dyer

e-mail: davidwdyer@yahoo.com

Nos comunicamos en inglés y portugués.

Visite nuestro sitio web: www.GranoDeTrigo.com